

**0621 32 Sexta Parte Cap Tulos Xxi Al**  
**Xxxii Anna Kar Nina**

**Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu). These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu) no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.**

**Contacto [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu) ;Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!**

Texto enviado por - **Vivien McMahon** (*Nanticoke*) - - - - XXI. —Creo que la princesa está cansada y que los caballos no le interesan —le dijo Vronski a Anna, que había propuesto que visitaran la cuadra, pues quería que Sviazhski viera el nuevo potro—. Vayan ustedes, y yo acompañaré a la princesa a casa. Así podremos charlar un rato. Si le parece bien —añadió, dirigiéndose a Dolly. —Por mí encantada, porque no entiendo nada de caballos — replicó Daria Aleksándrovna, un tanto sorprendida. Se daba cuenta, por la cara que ponía Vronski, de que quería pedirle algo. Y no se equivocaba. En cuanto atravesaron la cancela y volvieron a entrar en el jardín, Vronski miró hacia el lugar donde se encontraba Anna y, convencido de que no podía oírlos ni verlos, dijo mirándola con ojos risueños: —Habría adivinado que quiero hablar con usted. Sé que aprecia de verdad a Anna. Vronski se quitó el sombrero, sacó un pañuelo y se enjugó la cabeza, en la que el cabello empezaba a ralear. Daria Aleksándrovna, sin responder palabra, lo miró con ojos asustados. En cuanto se quedaron solos, la invadió un repentino temor: esos ojos risueños y esa expresión grave le daban miedo. En un instante se le pasaron por la cabeza las suposiciones más diversas sobre lo que Vronski quería pedirle. «Me propondrá que pase aquí una temporada con los niños y tendré que negarme. O que, una vez en Moscú, forme un círculo de amistades para Anna... ¿O se tratará de las relaciones de Vásenka Veslovski con Anna? Tal vez quiera hablarme de Kitty, confesarme que se siente culpable ante ella.» Sólo era capaz de imaginar cosas desagradables, pero no logró adivinar el asunto que Vronski se disponía a abordar. —Ejerce usted una gran influencia sobre Anna y ella la quiere mucho; por eso le ruego que me ayude —dijo. Daria Aleksándrovna miró con expresión azorada e inquisitiva el rostro enérgico de Vronski, tan pronto iluminado por un rayo de sol que se filtraba entre los tilos como cubierto de sombra, y se quedó esperando la continuación de sus palabras, pero él ahora caminaba en silencio a su lado, levantando la grava con el bastón. —Si ha venido usted a vernos, y es la única de las antiguas amigas de Anna que se ha animado a dar ese paso (a la princesa Varvara no la cuento), entiendo que no lo habrá hecho porque considere normal nuestra relación, sino porque es consciente de lo penosa que es la posición de Anna y, como le tiene afecto, quiere ayudarla. ¿Es así o me equivoco? —preguntó, volviéndose hacia ella. —Es así —contestó Daria Aleksándrovna, cerrando la sombrilla—, pero... —No —la interrumpió Vronski y, sin darse cuenta de que con eso ponía a su interlocutora en una situación incómoda, se detuvo, obligando a que Dolly hiciera lo mismo—. Nadie es más consciente que yo de lo penosa que es la posición de Anna. Y es comprensible, si me hace el honor de considerarme un hombre de corazón. Al ser el causante de tales circunstancias, soy más sensible que nadie a sus consecuencias. —Lo entiendo —dijo Daria Aleksándrovna, conmovida, a pesar suyo, de la sinceridad y firmeza con que había pronunciado esas palabras—. Pero, precisamente por sentirse responsable, es posible que exagere usted. Desde luego, su posición en sociedad es penosa. — ¡En sociedad es un infierno! —se apresuró a replicar Vronski, frunciendo el ceño con aire sombrío—. No es posible imaginar tormentos morales más crueles que los que ha tenido que soportar Anna a lo largo de las dos semanas que hemos pasado en San Petersburgo... Debe usted creerme. —Sí, pero aquí, mientras Anna... y usted no necesiten de la sociedad... — ¡La sociedad! —exclamó Vronski con desprecio—. ¿Y para qué puedo yo necesitarla? —Hasta ese momento, que puede no llegar nunca, serán ustedes felices y vivirán en paz. Veo que Anna es feliz, completamente feliz. Ya ha tenido tiempo de comunicármelo —dijo Daria Aleksándrovna, sonriendo; y al pronunciar esas palabras, no pudo dejar de preguntarse si Anna sería realmente feliz. Vronski, en cambio, no parecía albergar la menor duda al respecto. —Sí, sí —dijo—. Me doy cuenta de que ha vuelto a la vida después de tanto sufrimiento. Es feliz. En estos momentos es feliz. Pero ¿y yo?... Temo lo que nos espera... Perdome, ¿quiere usted que sigamos andando? —No, me da lo mismo. —Entonces, sentémonos aquí. Daria Aleksándrovna se sentó en un banco, en un recodo de la alameda. Vronski se quedó de pie delante de ella. —Veo que Anna es feliz —repitió, y las dudas que

asaltaban a Daria Aleksándrovna se recrudecieron—. Pero ¿puede prolongarse esta situación? No es cuestión de entrar a juzgar ahora si hemos obrado bien o mal. La suerte está echada —añadió, pasando del ruso al francés—. Estamos unidos para toda la vida. Unidos por los vínculos del amor, que para nosotros son los más sagrados. Tenemos ya una hija, y podemos tener más. Pero las leyes y las condiciones de nuestra situación hacen que surjan miles de complicaciones. Y Anna, que después de tantos sufrimientos y pruebas goza de unos instantes de sosiego, no puede ni quiere verlas. Es comprensible. Pero yo no puedo mirar para otro lado. Según la ley, la niña no es mía, sino de Karenin. ¡No puedo soportar ese engaño! —exclamó con un enérgico gesto de rechazo, al tiempo que contemplaba a Dolly con expresión sombría e inquisitiva. Ésta no respondió y se limitó a mirarlo. Vronski prosiguió —: Si mañana tenemos un hijo, según la ley será un Karenin. No heredará mi apellido ni mi fortuna. Por muy feliz que sea nuestra vida familiar y muchos hijos que tengamos, no habrá ningún vínculo entre nosotros. Llevarán el apellido de Karenin. ¡Hágase usted cargo de lo odiosa y terrible que me resulta esa situación! He intentado hablar con Anna. Pero se irrita. No lo entiende, y yo no soy capaz de decírselo todo. Veamos ahora las cosas desde otro punto de vista. Su amor me hace feliz, pero necesito tener una ocupación. Aquí he encontrado una actividad que me enorgullece y que considero más noble que la de mis antiguos compañeros en la corte y en el ejército. No cambiaría mi posición por la de ellos, se lo aseguro. Trabajo aquí, sin moverme de mis tierras, me siento feliz y contento, y para nuestra dicha no necesitamos nada más. Me gustan las actividades de las que me ocupo. ¡No es un mal menor, al contrario... —Daria Aleksándrovna se dio cuenta de que al llegar a ese punto de su explicación Vronski se embarullaba. No acabó de entender la digresión, pero no se le escapó que, una vez que había empezado a hablar de asuntos íntimos que no podía discutir con Anna, no pararía hasta habérselo contado todo y que la cuestión de su actividad en el campo era para él un asunto tan íntimo como las relaciones con Anna—. Lo que quiero decir — continuó, retomando el hilo de sus ideas— es que para consagrarse a una actividad hay que tener el convencimiento de que la obra nos sobrevivirá, de que tendrá continuadores. Y eso es lo que a mí me falta. Imagínese la situación de un hombre que sabe de antemano que los hijos que ha tenido con la mujer a la que ama no serán nunca suyos, sino de una persona que los odia y no quiere saber nada de ellos. ¡Es horrible! Vronski guardó silencio, presa, por lo visto, de una gran agitación. —Sí, claro que lo comprendo. Pero ¿qué puede hacer Anna? —preguntó Daria Aleksándrovna. —Sí, eso me lleva al objeto de mi conversación con usted —respondió. Vronski, esforzándose por recobrar la calma—. Todo depende de Anna... Hasta para presentar ante el emperador una petición de adopción, se necesita primero el divorcio. Y eso depende de Anna. Su marido había aceptado concedérselo. La verdad es que en aquella ocasión lo había arreglado todo. Y estoy convencido de que tampoco ahora se negaría. Bastaría con que Anna le escribiera. Entonces dijo con toda claridad que, si ella lo deseaba, no se opondría. Naturalmente —añadió con aire sombrío—, es una de esas crueldades farisaicas de las que sólo son capaces las personas sin corazón. Sabe cuánto la atormenta cualquier recuerdo relacionado con él y, conociéndola como la conoce, le exige una carta. Entiendo lo doloroso que es para Anna. Pero las razones son tan importantes que es preciso pasar por encima de todas esas sutilezas sentimentales. Está en juego la felicidad y la existencia de Anna y de sus hijos. Ya no hablo de mí mismo, aunque sufro mucho, muchísimo —dijo con una expresión retadora, como si estuviera amenazando a alguien por lo mucho que sufría—. Por eso me agarro a usted con tanto descaro, princesa, como a un ánora de salvación. ¡Ayúdeme a convencerla de que le escriba y le reclame el divorcio! —Sí, claro —dijo Daria Aleksándrovna, con escasa convicción, recordando vivamente su último encuentro con Alekséi Aleksándrovich—. Sí, claro —repitió con decisión, pensando en Anna. —Sírvese de su influencia para convencerla de que le escriba. Yo no sería capaz, aunque quisiera, de abordar esta cuestión con ella. —Vale, lo intentaré. Pero ¿cómo es posible que ella misma no lo vea? —preguntó Daria Aleksándrovna, recordando de pronto, por alguna razón, la extraña y nueva costumbre que tenía Anna de entornar los ojos. Y le vino a la memoria que ésta recurría precisamente a ese gesto cuando hablaba de algún aspecto íntimo de su vida. «Es como si cerrara los ojos ante su propia existencia, para no verla en su totalidad», pensó—. Hablaré con ella sin falta, tanto por mí misma como por ella —añadió en respuesta a la mirada agradecida de Vronski. Se levantaron y se dirigieron a la casa. XXII. Cuando Anna se encontró con Dolly, después de volver del establo, la miró atentamente a los ojos, como intentando adivinar de qué había estado hablando con Vronski, pero no le preguntó nada. —Me parece que ya es hora de comer —dijo—. Y apenas hemos tenido tiempo de vernos. Pero aún tenemos toda la tarde por delante. Ahora hay que cambiarse de ropa. Supongo que tú también querrás hacerlo, porque nos hemos ensuciado en la obra. Ya en su habitación, Dolly estuvo a punto de echarse a reír. No podía cambiarse, porque llevaba puesto su mejor vestido. No obstante, para dejar constancia de que se había preparado de algún modo para la comida, le pidió a la doncella que le cepillara el vestido, cambió los puños y el lacito y se puso un tocado de encaje en la cabeza. —Es lo único que he podido hacer —le dijo a Anna con una sonrisa, cuando ésta salió a su encuentro con otro vestido de una sencillez pasmosa, el tercero de ese día. —Sí, aquí

somos muy respetuosos con la etiqueta —replicó Anna, como disculpándose de su elegancia—. Alekséi está encantado con tu llegada. Pocas veces lo he visto tan contento. Decididamente se ha enamorado de ti —añadió—. ¿No estás cansada? Antes de la comida no tuvieron tiempo de hablar de nada. Al entrar en el salón, se encontraron a la princesa Varvara y a los caballeros, vestidos todos de levita negra, menos el arquitecto, que llevaba frac. Vronski presentó a Dolly al médico y al administrador. Al arquitecto ya lo había conocido en el hospital. El mayordomo, un hombre gordo y carirredondo, lustroso con sus mejillas rasuradas y su corbata blanca y almidonada, anunció que la comida estaba servida, y las señoras se pusieron en pie. Vronski pidió a Sviazhski que ofreciese su brazo a Anna Arkádevna y él hizo lo propio con Dolly. Veslovski se acercó a la princesa Varvara, adelantándose a Tushkévich, a quien no le quedó más remedio que unirse al médico y al administrador. El comedor, la vajilla, el servicio, el vino y las viandas no sólo no desmerecían del tono general de la casa, sino que sobrepujaban en lujo y novedad a todo lo demás. Daria Aleksándrovna observaba esa suntuosidad desconocida. Aunque no albergaba la menor esperanza de introducir en su propio hogar nada de lo que veía, pues todo estaba muy por encima de su tren de vida, como buena ama de casa reparaba involuntariamente en cada uno de los detalles y se preguntaba quién se ocuparía de ellos. Vásenka Veslovski, Stepán Arkádevich, incluso Sviazhski y muchas otras personas a las que Dolly conocía, nunca pensaban en esos preparativos. En su caso, daban por supuesto que cualquier anfitrión respetable deseaba que sus invitados creyeran que todos los arreglos de la casa se habían hecho por sí mismos, sin ningún esfuerzo. Pero Daria Aleksándrovna sabía que ni siquiera una papilla para el desayuno de los niños se hace por sí sola y que una organización tan complicada y soberbia como aquélla requería una atención máxima. Por la mirada con que Alekséi Kirilovich contempló la mesa, la seña que dirigió al mayordomo y el modo con que le dio a elegir a Daria Aleksándrovna entre una sopa fría de pescado y un consomé, comprendió que el responsable de ese orden era el propio dueño de la casa. No cabía duda de que Anna intervenía tan poco en esos asuntos como Veslovski. Tanto ella como Sviazhski, Vásenka y la princesa Varvara no eran más que simples invitados, que disfrutaban alegremente de lo que les habían preparado. Anna sólo desempeñaba su papel de anfitriona a la hora de dirigir la conversación, una tarea muy complicada cuando los invitados son pocos y pertenecen a ambientes tan distintos como el administrador y el arquitecto, incapaces de tratar temas generales, a pesar de que intentaban no dejarse intimidar por ese lujo inusitado. Anna cumplía con su cometido con su tacto habitual, con naturalidad y hasta con placer, como observó Daria Aleksándrovna. Después de hablar del paseo en barca que Tushkévich y Veslovski habían dado solos, el primero se refirió a las últimas regatas del Yatch Club de San Petersburgo. Pero Anna, aprovechándose de una pausa, se dirigió al arquitecto para sacarle de su mutismo. —Nicolái Ivánovich se ha quedado impresionado de lo mucho que ha avanzado la obra desde la última vez que estuvo aquí —dijo, refiriéndose a Sviazhski—. A mí me pasa lo mismo, y eso que la veo a diario. —Da gusto trabajar con su excelencia —replicó el arquitecto con una sonrisa (era un hombre tranquilo y cortés, consciente de sus propios méritos)—. Con las autoridades locales las cosas no son tan fáciles. Mientras con la administración me veo obligado a gastar una resma de papel rellenando informes, aquí sólo tengo que exponerle mi proyecto al conde y en tres palabras nos ponemos de acuerdo. —Métodos americanos —dijo Sviazhski, sonriendo. —Sí, allí los edificios se construyen de manera racional... La conversación pasó a ocuparse de los abusos de poder en Estados Unidos, pero Anna no tardó en reconducirla a otro tema, para sacar al administrador de su silencio. —¿Has visto alguna vez una máquina segadora? —preguntó, dirigiéndose a Daria Aleksándrovna—. Habíamos ido a verlas cuando nos encontramos contigo. Era la primera vez que las veía. —¿Cómo funcionan? —preguntó Dolly. —Igual que unas tijeras. No es más que una tabla con muchas tijeras pequeñas. Más o menos así. Con sus manos blancas y bellas, cubiertas de sortijas, Anna cogió un cuchillo y un tenedor y le hizo a Dolly una demostración. Se daba perfecta cuenta de que nadie la entendía, pero como sabía que hablaba de un modo agradable y que tenía unas manos bonitas, siguió con su explicación. —Más bien parecen cortaplumas —dijo Veslovski en tono de broma, sin apartar los ojos de Anna. Esta esbozó una sonrisa apenas perceptible, pero no le respondió. —¿No es verdad, Karl Fiódorovich, que son como tijeras? —preguntó Anna, dirigiéndose al administrador. —Oh, sí —respondió el alemán—. Es muy sencillo. Y se puso a explicar el funcionamiento de la máquina. —Es una lástima que no sirva para agavillar. En la exposición de Viena he visto máquinas que agavillaban con alambre —intervino Sviazhski—. Eso me parece más útil. —Eso depende... Hay que tener en cuenta el precio del alambre. —El alemán, que había salido de su mutismo, se dirigió a Vronski—: Se puede calcular, excelencia. —Estuvo a punto de sacar del bolsillo un lápiz y una libreta en la que hacía los cálculos, pero, al recordar que estaba sentado a la mesa y reparar en la fría mirada de Vronski, se abstuvo—. Es demasiado complicado. Exigiría muchos quebraderos de cabeza —concluyó. —Para tener ingresos, hay que hacer frente a muchas preocupaciones —dijo Vásenka Veslovski, burlándose del alemán—. Me encanta el alemán —añadió, dirigiéndose a Anna con la misma sonrisa de antes. —Basta —replicó Anna, medio en broma, medio en serio—.

Esperábamos encontrarle a usted en el campo, Vasili Semiónich —añadió, dirigiéndose al médico, hombre de aspecto enfermizo—. ¿Ha estado usted allí? —Sí, pero me volaticé —respondió el médico, con un sentido del humor bastante lúgubre. —Seguro que ha hecho usted mucho ejercicio. —En efecto. — ¿Y cómo sigue de salud la vieja? Espero que no sea tifus. —No es tifus, pero su estado no es nada bueno. — ¡Cuánto lo siento! —exclamó Anna, y, después de esa muestra de cortesía con la gente de la casa, se dirigió a sus amigos. —Sería difícil construir una máquina a partir de su descripción, Anna Arkádevna —le dijo Sviazhski en broma. —No, ¿por qué? —replicó Anna con una sonrisa, consciente de que Sviazhski había sucumbido al encanto de su explicación. Ese nuevo rasgo de coquetería juvenil causó en Dolly una impresión desagradable. —En cambio, los conocimientos de arquitectura de Anna Arkádevna son asombrosos —dijo Tushkévich. — ¡Ya lo creo! —exclamó Veslovski—. Ayer la oía hablar de plintos y frontones. ¿Lo digo bien? —No tiene nada de sorprendente cuando se ven y se oyen tantas cosas relacionadas con la construcción —dijo Anna—. ¿Sabe usted al menos con qué se hacen las casas? Daria Aleksándrovna se daba cuenta de que a Anna le desagradaba ese tono burlón con el que le hablaba Veslovski, aunque involuntariamente acababa adoptándolo también ella. En ese caso, Vronski se comportaba de manera completamente distinta a Levin. No sólo no concedía la menor importancia a la charla de Veslovski, sino que hasta le estimulaba en sus bromas. —Dígame, Veslovski, ¿con qué se unen los ladrillos? —Con cemento, naturalmente. — ¡Bravo! ¿Y qué es el cemento? —Algo así como una pasta... O más bien una masilla —respondió Veslovski, suscitando una carcajada general. La conversación no decayó en ningún momento (sólo el médico, el arquitecto y el administrador guardaban un sombrío silencio), tan pronto fluyendo apaciblemente como enredándose en descalificaciones y ataques personales. En una ocasión Daria Aleksándrovna se sintió herida en lo vivo, se excitó mucho y se puso colorada. Más tarde, al recordar la escena, pensó si no habría dicho algo desagradable y fuera de lugar. Al hablar de las máquinas, Sviazhski se refirió a la extraña teoría de Levin, que las juzgaba perjudiciales para la agricultura rusa. —No tengo el gusto de conocer al señor Levin —dijo Vronski con una sonrisa—, pero es posible que no haya visto nunca las máquinas que condena, o al menos que sólo haya visto las de fabricación rusa, sin prestarles demasiada atención. Eso explica su opinión. —La verdad es que, en general, sus ideas son dignas de un turco —dijo Veslovski con una sonrisa, dirigiéndose a Anna. —No me corresponde a mí defender sus opiniones —exclamó Daria Aleksándrovna, acalorándose—, pero puedo decir que es un hombre muy instruido y que, si estuviera aquí, sabría cómo responderle a usted, cosa que yo no sé hacer. —Yo le tengo mucho aprecio y somos grandes amigos —dijo Sviazhski con una sonrisa bondadosa—. Pero, perdón, está algo chiflado. Por ejemplo, considera que la asamblea rural y los jueces de paz son completamente innecesarios y se niega a participar en nada de eso. —Es nuestra indiferencia rusa —intervino Vronski, vertiendo agua de una garrafa helada en su fina copa—. Nos negamos a aceptar que los derechos de los que gozamos entrañan ciertas responsabilidades. —No conozco a un hombre que sea más estricto que Levin en el cumplimiento de su deber —replicó Daria Aleksándrovna, a quien irritaba el tono de superioridad de Vronski. —Pues yo, ahí donde me ven —prosiguió Vronski, herido en lo vivo por esa conversación —, le estoy muy agradecido a Nikolái Ivánovich —señaló a Sviazhski— por haberme concedido el honor de nombrarme juez de paz. Considero tan importante asistir a las sesiones o juzgar una disputa entre campesinos por un caballo como cualquier otra de mis actividades. Y será para mí un honor que me elijan vocal. Sólo de ese modo puedo saldar la deuda que he contraído con la sociedad por los beneficios de los que disfruto como terrateniente. Por desgracia, la gente no comprende el importante papel que deben desempeñar los grandes propietarios en los asuntos del Estado. A Daria Aleksándrovna le resultaba extraño que Vronski, en su propia casa, defendiera con tanta seguridad sus ideas. Se acordó de que Levin, que albergaba opiniones diametralmente opuestas, se mostraba igual de firme cuando, sentado a la mesa, exponía sus propios juicios. Pero, como apreciaba a Levin, se puso de su parte. —Entonces, conde, ¿podemos contar con usted para la próxima sesión? —preguntó Sviazhski—. Pero tendremos que partir un poco antes, para llegar allí el día ocho. Si me concediera el honor de venir a mi casa... —Pues yo, en parte, comparto la opinión de tu beau frère —intervino Anna—, aunque por motivos diferentes —añadió con una sonrisa—. Tengo la sospecha de que en los últimos tiempos las obligaciones sociales se han multiplicado. Lo mismo que antes había tantos funcionarios que había que dirigirse a uno distinto para cada caso, ahora todo el mundo se ocupa de cuestiones sociales. Llevamos aquí seis meses, y Alekséi ya es miembro, si no me equivoco, de cinco o seis instituciones sociales diferentes: es miembro de un patronazgo, juez de paz, vocal, jurado y ha desempeñado algún otro cargo relacionado con los caballos. A este paso acabará ocupándose sólo de eso. Y me temo que con tal cantidad de funciones todo acabará convirtiéndose en puro formalismo. ¿De cuántas instituciones es usted miembro, Nikolái Ivánovich? —preguntó, dirigiéndose a Sviazhski—. De más de veinte, si no recuerdo mal. Anna hablaba en broma, pero su tono denotaba cierto enfado. Daria Aleksándrovna, que observaba con atención a Anna y a Vronski, lo advirtió en el acto, como también que a lo largo de la conversación el rostro de Vronski había adoptado una

expresión seria y obstinada. Atando cabos —todos esos detalles, el hecho de que la princesa Varvara se apresurara a cambiar de conversación, poniéndose a hablar de sus conocidos petersburgueses, y el recuerdo de la extemporánea digresión de Vronski en el jardín, cuando se refirió a sus actividades—, Dolly llegó a la conclusión de que el asunto era fuente de disgustos entre Anna y Vronski. La comida, el vino y el servicio eran excelentes, pero todo tenía ese carácter impersonal y esa tirantez de las cenas y bailes de gala, de los que tanto se había desacostumbrado. La fastuosidad no cuadraba con un día corriente y un círculo reducido. Por eso produjo en Dolly una impresión desagradable. Después de comer, salieron a la terraza. Luego fueron a jugar al lawn tennis. Los jugadores, divididos en dos grupos, se situaron en el campo de cróquet, cuidadosamente nivelado y apisonado, a ambos lados de la red tendida entre dos postes dorados. Daria Aleksándrovna intentó jugar, pero tardó en comprender las reglas del juego; cuando por fin se enteró, estaba tan cansada que se sentó al lado de la princesa Varvara y se limitó a mirar. Su pareja, Tushkévich, también se retiró; pero los demás siguieron jugando un buen rato. Sviazhski y Vronski jugaban muy bien y se tomaban el partido en serio. Seguían la pelota con atención, sin apresurarse ni demorarse, corrían hacia ella con agilidad, esperaban a que botara y la devolvían por encima de la red, con raquetazos precisos y atinados. Veslovski jugaba peor que los demás. Se excitaba demasiado, pero con su alegría animaba a los otros jugadores. No dejaba de reír y de gritar. Con permiso de las señoras, se había quitado la levita, igual que sus compañeros. Su hermosa y recia figura bajo la camisa blanca, su rostro colorado y cubierto de sudor y sus nerviosos movimientos se grababan en la memoria. Por la noche, cuando Daria Aleksándrovna se fue a la cama y cerró los ojos, vio a Vásenka Veslovski corriendo de un lado para otro por el croquetground. Durante el partido no se había sentido contenta. Le molestaba el tono burlón con que seguían hablándose Vásenka Veslovski y Anna y esa falta de naturalidad de los adultos cuando practican juegos infantiles en ausencia de niños. Pero, para no incomodar a los demás y matar el tiempo de alguna manera, después de descansar un rato, volvió a tomar parte en el juego y fingió pasárselo bien. Todo el día tuvo la impresión de que estaba interpretando una comedia en compañía de unos actores mucho más dotados que ella y de que su mala interpretación echaba a perder la representación. Había ido a casa de Anna con la intención de quedarse dos días si todo iba bien. Pero ya por la tarde, durante el partido de tenis, tomó la decisión de marcharse al día siguiente. Las preocupaciones de madre que tanto la atormentaban y que tanto había maldecido por el camino se le aparecían ahora con otra luz, después de una jornada separada de sus hijos, y la atraían de forma irresistible. Cuando Daria Aleksándrovna entró en su habitación, después del té vespertino y de un paseo nocturno en barca, se quitó el vestido y se puso a peinar sus escasos cabellos, se sintió muy aliviada. Hasta le desagradaba la idea de que Anna pudiera pasar a verla. Quería estar sola con sus pensamientos. XXIII.

Dolly se disponía ya a meterse en la cama cuando Anna entró en la habitación vestida con una bata. A lo largo del día había intentado en varias ocasiones hablar con ella de asuntos íntimos, pero cada vez se había interrumpido después de pronunciar unas pocas palabras: «Ya tendremos tiempo de ocuparnos de todo esto más tarde, cuando estemos solas. Tengo tantas cosas que contarte». Ahora estaban solas y Anna no sabía de qué hablar. Sentada al pie de la ventana, miraba a Dolly y se devanaba los sesos buscando en el repertorio de las cuestiones íntimas, que poco antes le había parecido inagotable, algún tema idóneo, pero no encontraba ninguno. En ese momento tenía la impresión de que ya se lo habían dicho todo. —Bueno, ¿cómo está Kitty? —preguntó, emitiendo un profundo suspiro y mirando a Dolly con aire culpable—. Dime la verdad, Dolly, ¿sigue enfadada conmigo? —¿Enfadada? No —respondió Daria Aleksándrovna con una sonrisa. —Pero ¿me odia, me desprecia? — ¡Pues claro que no! Pero ya sabes que hay cosas que no se perdonan. —Sí, sí —dijo Anna, volviéndose y mirando por la ventana abierta—. Pero yo no tuve la culpa. ¿Quién tuvo la culpa? Y, en general, ¿qué significa eso de tener la culpa? ¿Acaso pudo ser de otra manera? Bueno, ¿y tú qué piensas? ¿Te parecería posible no ser la mujer de Stiva? —Pues la verdad es que no lo sé. Pero dime... —Sí, sí, pero primero acabemos con Kitty. ¿Es feliz? Según he oído, es un hombre excelente. —Eso es poco decir. No conozco otro mejor. — ¡Ah, cuánto me alegro! ¡Me alegro tanto! Eso es poco decir —repitió. Dolly sonrió. —Háblame de ti. Tenemos muchas cosas que decimos. He hablado con... —Dolly no sabía cómo referirse a Vronski. Le resultaba tan embarazoso llamarlo conde como Alekséi Kirillovich. —Con Alekséi —dijo Anna—. Sé que habéis estado hablando. Pero quería preguntarte directamente qué piensas de mí y de mi vida. — ¿Y cómo puedo decírtelo, así de pronto? La verdad es que no sé. —Bueno, dímelo de todas formas... Ya has visto cómo vivo. Pero no olvides que ahora, en verano, no estamos solos... Hemos llegado a principios de la primavera, hemos vivido completamente solos, y así seguiremos. No puedo desear nada mejor. Pero imagina lo que sería mi vida aquí sola, sin él. Y eso es algo que acabará sucediendo... Todo indica que sus ausencias se repetirán, que pasará fuera de casa la mitad del tiempo —dijo, levantándose y sentándose más cerca de Dolly—. Desde luego, no lo retendré a la fuerza —añadió, interrumpiendo a Dolly, que se disponía a hacer algún comentario—. Tampoco lo hago ahora. Cuando se organiza una carrera en la que participan sus caballos, no deja de asistir. Y yo me alegro de que se divierta. Pero

ponte en mi lugar, imagínate mi situación... En cualquier caso, ¿para qué hablar? —agregó con una sonrisa—. Entonces, ¿de qué habéis estado hablando? —Me habló de un tema que yo misma quería abordar contigo, así que me resulta muy fácil desempeñar el papel de abogado suyo. ¿No habría alguna posibilidad, no sería posible... — Daria Aleksándrovna vaciló— mejorar tu situación, arreglarla de algún modo? Ya sabes cuál es mi punto de vista... pero, de todos modos, si fuera posible, tendrías que casarte... —Es decir, ¿pedir el divorcio? —dijo Anna—. ¿Sabes que la única mujer que me visitó en San Petersburgo fue Betsy Tverskaia? ¿La conoces? En el fondo es la mujer más depravada que existe. Tenía relaciones con Tushkévich, engañaba a su marido del modo más infame. Pues me dijo que no quería saber nada de mí hasta que no arreglara mi situación. No creas que hago comparaciones... Te conozco, querida. Me ha venido a la cabeza sin pensar... Pero ¿qué fue lo que te dijo? —repetió. —Me dijo que sufre por ti y también por él. Llámalo egoísmo, si quieres. Pero ¡qué egoísmo tan legítimo y tan noble! En primer lugar, quiere reconocer a su hija, ser tu marido, tener derecho sobre ti. — ¿Qué esposa, qué esclava puede ser más devota que yo, en la situación en que me encuentro? —la interrumpió Anna con expresión sombría. —Lo más importante es que desea... desea que no sufras. — ¡Eso es imposible! ¿Qué más? —Luego está ese deseo tan legítimo: que vuestros hijos lleven su apellido. — ¿Qué hijos? —preguntó Anna, sin mirar a Dolly y entomando los ojos. —Annie y los que vengan... —Puede estar tranquilo. No tendré más hijos. — ¿Cómo puedes decir eso? —No los tendré porque no quiero. A pesar de su agitación, Anna no pudo por menos de sonreír al advertir la ingenua expresión de curiosidad, sorpresa y espanto en el rostro de su amiga. —Después de mi enfermedad, el médico me dijo... — ¡No puede ser! —exclamó Dolly, con los ojos como platos. En su caso, aquellas palabras suponían toda una revelación, cuyos efectos y consecuencias le parecían tan inmensos que en un primer momento no fue capaz de sacar ninguna conclusión, más allá de la certeza de que tendría que reflexionar mucho sobre el particular. La revelación, que de pronto le aclaraba por qué había matrimonios que sólo tenían uno o dos hijos, algo hasta entonces incomprendible, despertó tantas ideas, consideraciones y sentimientos contradictorios que no supo qué decir y se limitó a mirar a Anna estupefacta, con los ojos muy abiertos. Era lo mismo en lo que había estado pensando esa mañana por el camino. Pero ahora, al enterarse de que era posible, se horrorizó. Le parecía que era una solución demasiado sencilla para una cuestión demasiado compleja. —¿No es inmoral? —fue lo único que acertó a preguntar, después de una pausa. — ¿Por qué? En lo que a mí respecta, sólo tengo dos posibilidades: estar embarazada, es decir, enferma, o ser la amiga y la compañera de mi marido, porque es como si lo fuera —dijo Anna con un tono deliberadamente superficial y frívolo. —Claro, claro —replicó Daria Aleksándrovna, al oír los mismos argumentos que ella misma había estado sopesando, aunque ahora ya no los encontraba tan convincentes. —En tu caso y en el de otras mujeres —dijo Anna, como adivinando sus pensamientos— puede haber ciertas dudas, pero para mí... Entiéndelo, yo no soy su esposa. Me querrá mientras esté enamorado de mí. ¿Y cómo puedo conservar su amor? ¿Con esto? Extendió sus blancos brazos por delante de su vientre. Los pensamientos y los recuerdos se sucedían con sorprendente rapidez en la cabeza de Daria Aleksándrovna, como suele suceder en los momentos de gran agitación. «Yo no he hecho nada por atraer a Stiva —se decía—. Se ha apartado de mí y ha buscado la compañía de otras. La primera mujer con la que me engañó tampoco consiguió retenerlo, a pesar de su belleza y alegría. La abandonó y se buscó otra. ¿Conseguirá Anna atraer y retener al conde Vronski con los métodos que emplea? Si es eso lo que busca, encontrará vestidos y maneras más alegres y atractivos. Por muy blancos y maravillosos que sean sus brazos desnudos, por muy hermosa que sea su opulenta figura y su rostro rubicundo, encuadrado por esos cabellos morenos, encontrará algo mejor, igual que mi repugnante, lastimoso y estimado marido.» A modo de respuesta, Dolly suspiró. Consciente de que era un modo de manifestar su disconformidad, Anna siguió exponiendo sus razones. Tenía en reserva varios argumentos igual de sólidos, a los que no había modo de replicar. — ¿Te parece que no está bien? Pero reflexiona un momento —continuó—. Te olvidas de mi situación. ¿Cómo puedo desear tener hijos? Ya no hablo de los sufrimientos, pues eso no me da ningún miedo. Pero ¿te has parado a pensar en lo que sería de mis hijos? Los pobres tendrían que llevar un apellido ajeno. Sólo por el hecho de nacer, estarían obligados a avergonzarse de su madre, de su padre, de su venida al mundo. —Por eso es necesario que solicites el divorcio. Pero Anna no la escuchaba. Quería exponer todos los argumentos con los que se había persuadido a sí misma tantas veces. — ¿Para qué se me ha dado la razón si no la empleo para darme cuenta de que es mejor no traer seres desdichados a este mundo? —miró a Dolly, pero, sin esperar su respuesta, prosiguió—: Siempre me sentiría culpable delante de esos infelices —dijo—. Si no existen, al menos no son desdichados; pero, si son desdichados, sólo yo tengo la culpa. Eran los mismos argumentos que Dolly había estado considerando esa misma mañana; pero, al escucharlos ahora en boca de Anna, no los entendía. «¿Cómo puede sentirse culpable ante unos seres que no existen?», pensaba. Y de pronto se le ocurrió lo siguiente: ¿habría sido mejor en algún caso que su querido Grisha no hubiera venido al mundo? La pregunta le pareció tan extraña y absurda que tuvo que sacudir la cabeza para liberarse



del aluvión de ideas disparatadas que se arremolinaban en su cabeza. —No sabría decirte por qué, pero me parece que eso no está bien —fue lo único que acertó a decir, con una expresión de repugnancia. —Sí, pero no te olvides de lo que eres tú y de lo que soy yo... Además —añadió Anna, como si en el fondo reconociera que eso no estaba bien, a pesar de la pobreza de los argumentos de Dolly y de la riqueza de los suyos—, olvidas lo más importante: yo ahora no me encuentro en la misma situación que tú. En tu caso, la cuestión es si deseas o no tener más hijos; en el mío, no deseo tenerlos. Y entre esas dos cosas hay una gran diferencia. Debes entender que, en mi situación, no puedo desearlos. Daria Aleksándrovna no replicó. De pronto comprendió que estaba muy lejos de Anna, que había cuestiones sobre las cuales jamás se pondrían de acuerdo y sobre las que era mejor no hablar. XXIV. —Razón de más para que regularices tu situación, si es posible —dijo Dolly. —Sí, si es posible —replicó Anna con un tono de voz triste y resignada, muy diferente del que había empleado hasta entonces. — ¿Acaso es imposible obtener el divorcio? Me han dicho que tu marido está de acuerdo. — ¡Dolly! No quiero hablar de ese tema. —Bueno, pues lo dejamos —se apresuró a decir Daria Aleksándrovna, notando la expresión de sufrimiento en el rostro de Anna—. Lo único que te digo es que lo ves todo demasiado negro. — ¿Yo? En absoluto. Estoy muy contenta y satisfecha. Como ves, despierto pasiones. Veslovski... —Si te soy sincera, no me gusta nada el tono de Veslovski —objetó Daria Aleksándrovna, deseando cambiar de conversación. — ¡Ah, no tiene la menor importancia! Halaga el amor propio de Alekséi, no hay nada más. No es más que un muchacho y hago con él lo que se me antoja. Para mí, es igual que tu Grisha... ¡Dolly! —exclamó de pronto, volviendo al tema de antes—. Dices que lo veo todo demasiado negro. Pero tú no puedes entenderlo. Mi situación es horrible. La verdad es que procuro no pensar demasiado. —Pues, en mi opinión, es necesario que lo hagas. Es preciso hacer cuanto sea posible. — ¿Y qué se puede hacer? Nada. Me hablas como si yo no hubiera pensado en casarme con Alekséi. Pero ¡si no pienso en otra cosa! —exclamó, y sus mejillas se cubrieron de arrebol. Se levantó, irguió el pecho, emitió un profundo suspiro y se puso a recorrer la habitación de un extremo al otro con pasos ligeros, deteniéndose de vez en cuando—. ¡Si no pienso en otra cosa! No hay un solo día, una sola hora en que no me asalte ese pensamiento y en que no me cubra de reproches por albergar esas ideas... porque van a acabar volviéndome loca. Volviéndome loca —repitió—. Cuando me pongo a pensar en esa cuestión, soy incapaz de dormir sin morfina. Pero qué más da. Hablemos con calma. Me aconsejan que me divorcie. En primer lugar, él no consentirá. Ahora está bajo la influencia de la condesa Lidia Ivánovna. Daria Aleksándrovna, después de erguirse en la silla, volvió la cabeza y siguió las idas y venidas de Anna con una expresión en la que se entreveraban el sufrimiento y la compasión. —Hay que intentarlo —dijo en voz baja. —Supongamos que lo intento. ¿Qué sucedería? —era evidente que estaba expresando ideas que había sopesado miles de veces y que se había aprendido de memoria—. Pues que tendría que rebajarme a escribir a ese hombre al que odio, a pesar de que lo considero magnánimo y me reconozco culpable ante él... Supongamos que, haciendo un esfuerzo, redacto esa carta. En tal caso recibiría bien su consentimiento, bien una respuesta ofensiva. Imaginémos por un momento que me da su consentimiento... —En ese momento Anna, que estaba en el otro extremo de la habitación, se detuvo y arregló algo en la cortina de la ventana—. Me da su consentimiento, pero ¿qué pasa con mi... hijo? No me lo darán. Crecerá en casa del hombre al que yo he abandonado y aprenderá a despreciarme. Debes entender que hay dos personas en este mundo a quienes quiero más que a mí misma, Seriozha y Alekséi. La verdad es que no sabría decir a cuál de los dos quiero más. —Llegó al centro del cuarto y se detuvo delante de Dolly, apretándose el pecho con las manos. Envuelta en esa bata blanca, su figura parecía especialmente alta y ancha. Inclino la cabeza y miró de soslayo, con sus ojos húmedos y brillantes, a Dolly, pequeña, delgada y lastimosa, que temblaba de emoción bajo su blusita zurcida y su gorro de noche—. Sólo quiero a esas dos personas, y una excluye a la otra. No puedo unirlos, y eso es lo único que necesito. Si no puedo conseguirlo, todo lo demás me da igual. Todo, todo. Esa situación acabará de cualquier manera. Por eso no puedo ni quiero hablar de ella. Así que no me hagas reproches ni me juzgues. Eres demasiado pura para comprender lo mucho que sufro. —Se acercó, se sentó al lado de Dolly, la miró a los ojos con expresión culpable y le cogió la mano—. ¿Qué piensas? ¿Qué piensas de mí? No me desprecies. No merezco que me desprecien. Sólo soy desdichada. Sí, no puede haber nadie más desdichado que yo —dijo y, dándose la vuelta, se echó a llorar. Cuando se quedó sola, Dolly dijo sus oraciones y se fue a la cama. Mientras hablaba con Anna, la compadecía con toda el alma; pero ahora no conseguía pensar en ella. El recuerdo de su casa y de sus hijos, aureolado por una especie de resplandor inusitado, asaltaba su imaginación con un encanto novedoso y especial. Ese mundo suyo se le antojaba ahora tan querido y precioso que por nada del mundo se habría decidido a pasar un solo día más fuera de él. Por esto tomó la decisión de partir sin falta al día siguiente. En cuanto a Anna, una vez en su gabinete, cogió una copa y vertió varias gotas de un medicamento cuyo componente principal era la morfina. Después de beberlo, pasó un rato sentada sin moverse, tratando de recobrar la compostura. Al pasar al dormitorio se había serenado ya del todo y se sentía de buen humor. Cuando entró en la habitación, Vronski la miró atentamente.

Buscaba indicios de la conversación que debía de haber tenido con Dolly, dado el tiempo que había pasado en su habitación. Pero en su expresión excitada y contenida, que ocultaba algo, no encontró nada más que esa belleza a la que ya estaba acostumbrado, pero que seguía seduciéndole, la conciencia de su hermosura y el deseo de que actuase sobre él. No quiso preguntarle de qué habían estado hablando, pero albergaba la esperanza de que ella misma le contara algo. Pero Anna se limitó a decir: —Me alegro de que Dolly te haya gustado. Porque te cae bien, ¿verdad? —Pero si la conozco desde hace mucho tiempo. En mi opinión es una mujer muy bondadosa, pero excesivamente pegada al suelo. En cualquier caso, me alegro mucho de su visita. Vronski cogió la mano de Anna y la miró a los ojos con expresión inquisitiva. Ella, interpretando esa mirada en otro sentido, le sonrió. A la mañana siguiente Daria Aleksándrovna se dispuso a partir, por más que insistieron los dueños en que se quedara. La calesa de guardabarros parchados y caballos desparejados, conducidos con aire sombrío y resuelto por el cochero de Levin, que llevaba un caftán ya bastante usado y un gorro parecido al de los postillones, apareció en la entrada cubierta de arena. Despedirse de la princesa Varvara y de los hombres no resultó nada agradable para ella. Después de pasar un día juntos, tanto Dolly como los dueños de la casa se daban perfecta cuenta de que no congeniaban y de que lo mejor era separarse. Sólo Anna estaba triste. Sabía que, una vez que se fuera, nadie despertaría en su alma los sentimientos que la habían embargado con la visita de su amiga. Le resultaba doloroso remover esos sentimientos, pero era consciente de que constituían lo mejor de sí misma, y que esa parte de su personalidad no tardaría en quedar sepultada por la vida que llevaba. Una vez en campo abierto, Daria Aleksándrovna experimentó una agradable sensación de alivio. Estaba a punto de preguntarles a sus compañeros de viaje qué impresión les había causado la casa de Vronski, cuando el cochero Filipp dijo de pronto: —Puede que sean muy ricos, pero sólo nos han dado tres medidas de avena. Los caballos se las zamparon antes de que cantara el gallo. ¿Qué son tres medidas? Poco más que un bocado. En las estaciones de postas venden la avena a cuarenta y cinco kopeks. En nuestra casa, cuando recibimos visita, damos a los caballos toda la avena que quieren. —Un señor avaro —confirmó el administrador. —¿Y qué me dices de los caballos? ¿Te han gustado? —preguntó Dolly. —Los caballos eran excelentes. Y la comida estaba bastante bien. Pero lo he encontrado todo un poco aburrido, Daria Aleksándrovna. No sé lo que pensará usted —dijo, volviendo hacia ella su rostro agraciado y bonachón. —A mí me ha pasado lo mismo. ¿Y qué? ¿Llegaremos al atardecer? —Seguro. Una vez en casa, donde encontró a todos bien de salud y más encantadores que nunca, Daria Aleksándrovna les contó con gran animación su viaje, la cordial acogida que le habían dispensado, el lujo y el buen gusto que reinaba en el lugar, las diversiones con que se entretenían los Vronski, y no permitió que nadie los criticara. —Hay que conocer a Anna y a Vronski, y yo a él lo conozco mejor ahora, para comprender lo simpáticos y lo conmovedores que son —decía con total sinceridad, olvidándose de su vago sentimiento de insatisfacción e incomodidad cuando estaba allí. XXV. Vronski y Anna pasaron todo el verano y parte del otoño en la aldea, en las mismas condiciones, sin tomar ninguna medida con respecto al divorcio. Habían decidido que no irían a ningún lado; pero los dos sabían que, cuanto más tiempo pasaran solos, sobre todo en otoño, sin invitados, menos capaces serían de soportar esa vida, en la que tendrían que introducir algún cambio. En apariencia, cabría pensar que no podía desearse una vida mejor. No carecían de nada, gozaban de buena salud, tenían una hija y ambos se dedicaban a sus propias ocupaciones. Anna, en ausencia de invitados, seguía prestando mucha atención al cuidado personal y dedicaba mucho tiempo a la lectura, tanto de novelas como de los libros más serios que estaban de moda. Encargaba todos los libros que merecían elogios en los periódicos y revistas que recibía, y los leía con esa concentración que sólo se adquiere en soledad. Además, gracias a los libros y a las revistas especializadas, estudió las materias que interesaban a Vronski, de suerte que a veces éste le hacía preguntas sobre agronomía, arquitectura e incluso sobre la cría de caballos y diversos deportes. Estaba sorprendido de sus conocimientos y de su memoria, aunque en un principio dudaba tanto de unos como de otra y buscaba algún modo de corroborarlos. Y Anna solía encontrar en los libros las respuestas a las cuestiones que le consultaba y se las enseñaba. El equipamiento del hospital también interesaba a Anna. No sólo ayudaba, sino que ella misma había concebido y organizado muchas cosas. Pero su principal preocupación seguía siendo ella misma: ya que Vronski la amaba, debía intentar resarcirle de todo lo que había perdido por su culpa. Vronski apreciaba ese deseo, que constituía el único objetivo de su vida. Anna no sólo quería gustarle, sino también servirle, pero aun así a él le agobiaban las redes amorosas con que trataba de envolverlo. A medida que pasaba el tiempo, más a menudo se daba cuenta de que estaba envuelto en esas redes y más deseos sentía no tanto de escapar como de comprobar que seguía gozando de plena libertad. De no haber sido por el deseo de ser libre, cada vez más acuciante, de no haber tenido que soportar una escena cada vez que se iba a la ciudad para asistir a las carreras o a una sesión, habría estado plenamente satisfecho de su vida. El papel de terrateniente rico, que en su opinión debía constituir el núcleo de la aristocracia rusa, no sólo era de su gusto, sino que ahora, después de medio año de vida en el campo, le procuraba un placer cada vez mayor. Y sus actividades, que le

interesaban y le atraían más y más, iban viento en popa. A pesar de las ingentes sumas de dinero que había gastado en el hospital, en las máquinas, en las vacas que había traído de Suiza y en muchas otras cosas más, estaba seguro de no estar dilapidando su fortuna, sino acrecentándola. Y, cuando se trataba de obtener ingresos, mediante la venta de madera, grano y lana o el arrendamiento de tierras, Vronski no daba su brazo a torcer y jamás abarataba el precio. En cuanto a las operaciones de gran calado, tanto en esa finca como en otras de su propiedad, empleaba los principios más sencillos y carentes de riesgos, y en las cuestiones menudas se mostraba cuidadoso y calculador en grado sumo. A pesar de la astucia y habilidad del alemán, que pretendía incitarle a hacer diversas compras, presentándole primero presupuestos muy elevados y después otros más bajos, que permitirían obtener ingresos inmediatos, Vronski no se sometía a su voluntad. Solía escuchar al administrador, le interrogaba y sólo compartía su opinión cuando lo que se iba a encargar u organizar era indiscutiblemente novedoso o desconocido en Rusia, y por tanto podía suscitar admiración. Además, únicamente se decidía a hacer grandes dispendios cuando disponía de algún dinero sobrante y, antes de tomar una resolución, examinaba todos los detalles e insistía en obtener lo mejor. Estaba claro que con esa manera de llevar los negocios no dilapidaba su fortuna, sino que la acrecentaba. En el mes de octubre se celebraban las elecciones de la nobleza en la provincia de Kazhin, donde estaban las tierras de Vronski, Sviazhski, Kóznishev y Oblonski y una pequeña parte de las de Levin. Las elecciones despertaron un gran interés en la sociedad por diversos motivos y por las personas que participaban en ellas. Se hablaba mucho del acontecimiento y de los preparativos. Algunos propietarios, que nunca se habían interesado por las elecciones, se aprestaron a venir de Moscú, de San Petersburgo y hasta del extranjero. Hacía mucho tiempo que Vronski había prometido a Sviazhski que acudiría. Antes de las elecciones Sviazhski, asiduo visitante de Vozdvízhenkoie, fue a buscar a Vronski. La víspera de la partida, Vronski y Anna habían estado a punto de discutir por culpa del proyectado viaje. Era otoño, la época más aburrida y monótona en el campo; por eso Vronski, preparándose para la lucha, anunció a Anna su partida con una frialdad y severidad con las que nunca se había dirigido a ella. Pero, para su sorpresa, Anna acogió la noticia con gran tranquilidad y se limitó a preguntarle cuándo regresaría. Vronski la miró con atención, sin entender que se lo tomara con tanta calma. Al reparar en la mirada, Anna sonrió. Vronski conocía la capacidad para encerrarse en sí misma, como también que eso sucedía cuando había tomado una decisión en su fuero interno y no le comunicaba sus planes. Le dio algo de miedo, pero deseaba tanto evitar una escena que hizo como si creyera —y puede que lo creyera en parte— que se había vuelto más razonable. —Espero que no te aburras. —Lo mismo espero yo —replicó Anna—. Ayer mismo recibí una caja de libros de Gautier. No, no me aburriré. «Si quiere adoptar ese tono, tanto mejor —pensó—. De otro modo, volveremos otra vez a las andadas.» Y, sin haberla animado a que se explicara con franqueza, se marchó a las elecciones. Era la primera vez, desde el comienzo de su relación, que se separaban sin antes haberlo aclarado todo. Por un lado, la novedad le preocupó; por otro, juzgó que era mejor así. «Al principio, como ahora, la situación será un poco confusa, con ciertas dosis de misterio; pero con el tiempo se acostumbrará. En cualquier caso, estoy dispuesto a sacrificarlo todo por ella, menos mi independencia», pensaba. XXVI. En septiembre Levin se trasladó a Moscú para que Kitty diera a luz allí. Llevaba ya un mes viviendo en completa ociosidad cuando Serguéi Ivánovich, que tenía una finca en la provincia de Kazhin y mostraba un gran interés en las inminentes elecciones, se dispuso a partir para el campo e invitó a su hermano a que lo acompañara, pues tenía derecho a votar en el distrito de Seléznevsk. Además, tenía que ocuparse allí de unos asuntos de gran importancia para su hermana, que residía en el extranjero, relacionados con una tutoría y el cobro de un dinero por la cesión de unas tierras. Levin no acababa de decidirse, pero Kitty, viendo que se aburría en Moscú, le aconsejó que se fuera y le encargó a escondidas el uniforme de delegado de la nobleza, que le costó ochenta rublos. Ese dispendio fue la principal razón de que Levin acabara decidiéndose a acompañar a su hermano. Levin llevaba ya seis días en Kazhin, acudiendo cada día a las sesiones y atendiendo a los asuntos de su hermana, que no acababan de resolverse. Todos los mariscales de la nobleza estaban ocupados con las elecciones y no había manera de arreglar ese asunto tan sencillo, que dependía de una tutela. En la otra cuestión, el cobro del dinero, también se encontró con dificultades. Después de arduas gestiones para superar las trabas que obstaculizaban todo el asunto, el dinero estaba listo para el pago. Pero el notario, un hombre muy servicial, no pudo entregarle el talón, porque se necesitaba la firma del presidente, que se había marchado para participar en las sesiones sin haber delegado en nadie. Todas esas gestiones, esas idas y venidas de un lugar a otro, esas conversaciones con personas muy bondadosas y amables, plenamente conscientes de la enojosa posición del solicitante, pero al mismo tiempo incapaces de ayudarlo, toda esa tensión que no conducía a ningún resultado, producían en Levin una penosa impresión, semejante a la irritante impotencia que se experimenta en sueños cuando se quiere hacer uso de la fuerza física. A menudo le asaltaba tal sensación cuando hablaba con su apoderado, que era un pedazo de pan. Daba la impresión de que el hombre hacía cuanto estaba en su mano y se estrujaba el cerebro para sacar a Levin del apuro. «Vaya usted a este sitio o ese otro —le había dicho en

más de una ocasión, y trazaba un minucioso plan para salvar ese fatal obstáculo que lo estaba entorpeciendo todo. No obstante, al punto añadía—: Seguirán en sus trece, pero hay que intentarlo.» Levin seguía su consejo e iba a ver a unos y a otros. Todos eran bondadosos y corteses, pero el resultado siempre era el mismo: el obstáculo que se quería evitar acababa apareciendo de nuevo, cerrándole el paso. Lo que más le molestaba era que no entendía contra quién estaba luchando, a quién podía beneficiar que sus asuntos no se resolviesen. Por lo visto, era algo que nadie sabía, ni siquiera el apoderado. Si Levin hubiera podido comprenderlo, como comprendía que para llegar a la ventanilla de la estación había que respetar la cola, la situación no le habría parecido tan ofensiva e irritante. Pero nadie pudo explicarle a qué obedecían los impedimentos con los que se había topado. Pero Levin había cambiado mucho desde que se había casado. Era paciente y, aunque no entendía semejante estado de cosas, se decía que no podía juzgar sin conocer todos los detalles, que alguna razón debía de haber, y procuraba no soliviantarse. Ahora, al tomar parte en las elecciones, intentaba también no condenar ni discutir, y hacía cuanto podía por comprender un asunto que personas honradas y dignas, a quienes profesaba un profundo respeto, se tomaban con tanta seriedad y entusiasmo. Desde el día de la boda, había descubierto muchos aspectos de la vida importantes y novedosos, que antes, por culpa de la superficialidad con que los había considerado, se le habían antojado insignificantes. Por eso suponía que también ese asunto de las elecciones revestía una enorme importancia, y trataba de comprenderlo más a fondo. Serguéi Ivánovich le explicó el sentido y el alcance de esas elecciones, que suponían toda una revolución. Snetkov, el mariscal de la nobleza de la provincia, en cuyas manos la ley había confiado tantos asuntos relevantes de interés general—las tutorías que tantos disgustos estaban costando a Levin, los enormes fondos de la nobleza, los institutos masculinos y femeninos, la escuela militar, la educación pública propuesta por la nueva legislación y, por último, la asamblea rural—, era un aristócrata de viejo cuño, que había derrochado una enorme fortuna, hombre bondadoso y honrado a su manera, pero incapaz de entender las exigencias de los nuevos tiempos. En todo tomaba partido por la nobleza, se oponía frontalmente a la difusión de la instrucción pública y atribuía a la asamblea popular, destinada a desempeñar un papel tan importante, carácter de clase. Había que poner en su lugar a un hombre joven, práctico, completamente nuevo, con mentalidad moderna, capaz de extraer de los derechos otorgados a los nobles, no en su condición de tales, sino como miembros de la asamblea rural, todas las ventajas de autogobierno que fueran posibles. En la rica provincia de Kazhin, que siempre había ido a la cabeza en todo, se habían acumulado tantas fuerzas que, si las cosas se llevaban de la manera debida, podía servir de ejemplo no sólo para otras provincias, sino para el conjunto de Rusia. De ahí la enorme relevancia de todo el proceso. Para reemplazar a Snetkov como mariscal de la nobleza se barajaban los nombres de Sviazski o, mejor aún, de Nevedovski, antiguo catedrático, hombre de inteligencia notable y gran amigo de Serguéi Ivánovich. El encargado de inaugurar la asamblea fue el gobernador, que pronunció un discurso dirigido a los nobles en el que les conminaba a elegir a sus representantes no por razones de índole personal, sino teniendo en cuenta los méritos y el bien de la patria y en el que expresaba la esperanza de que la ilustre nobleza de Kazhin cumpliera religiosamente con su deber, como había hecho en elecciones anteriores, justificando de ese modo la confianza que el monarca había depositado en ella. Una vez concluido su discurso, el gobernador abandonó la sala, entre las ruidosas, animadas y, en algunos casos, hasta entusiastas aclamaciones de los nobles, que lo siguieron y lo rodearon mientras se ponía la pelliza y hablaba amistosamente con el mariscal de la nobleza. Levin, que deseaba enterarse de todo y no quería perderse nada, se unió a la muchedumbre y escuchó las palabras del gobernador: «Haga el favor de transmitirle a María Ivánovna las disculpas de mi mujer. Es que tenía que visitar un orfanato». Y a continuación los nobles se pusieron alegremente las pellizas y se dirigieron a la catedral. Una vez allí, Levin, levantando el brazo como los demás y repitiendo las palabras del arcipreste, prestó los más terribles juramentos, comprometiéndose a no defraudar las esperanzas del gobernador. Las ceremonias religiosas siempre le habían impresionado; por eso, cuando pronunció las palabras: «Beso la cruz», y contempló la multitud de viejos y jóvenes, que repetían la misma fórmula, se sintió conmovido. El segundo y el tercer día las sesiones se ocuparon de los fondos de la nobleza y de los institutos femeninos, cuestiones que, como le explicó Serguéi Ivánovich, no revestían ninguna importancia; Levin, ocupado con sus asuntos, no asistió. El cuarto día, en torno a la mesa presidencial, se procedió a revisar las cuentas de la provincia. Y fue entonces cuando se produjo el primer encontronazo entre el partido nuevo y el viejo. La comisión encargada de verificar las sumas informó a los asistentes de que todo estaba en orden. El mariscal de la nobleza se puso en pie, agradeció a los nobles la confianza que le manifestaban y hasta vertió unas lágrimas. Los nobles lo aclamaron a voces y le estrecharon la mano. Pero en ese momento un miembro del partido de Serguéi Ivánovich dijo que, según sus noticias, la comisión no había verificado las cuentas, pues lo había considerado ultrajante para el mariscal de la nobleza. Uno de los miembros de la comisión cometió la imprudencia de confirmar esa sospecha. Entonces un señor de baja estatura, de aspecto muy joven y lengua viperina, dijo que probablemente el mariscal de la nobleza estaba deseoso de ofrecer un informe sobre el estado de las cuentas y que la

excesiva delicadeza de los miembros de la comisión le habían privado de esa satisfacción moral. Entonces los miembros de la comisión retiraron su informe, y Serguéi Ivánovich pasó a demostrar, por medio de argumentos lógicos, que no había más que dos opciones: reconocer que se había procedido a la revisión de las cuentas o admitir que no se había efectuado comprobación alguna, y se puso a desarrollar en detalle el dilema. A Serguéi Ivánovich le replicó el portavoz del partido contrario. Luego intervino Sviazhski y a continuación el señor de la lengua viperina. El debate se prolongó un buen rato y no condujo a ningún resultado. Levin estaba sorprendido de que discutieran tanto sobre ese tema, en especial porque, cuando le preguntó a Serguéi Ivánovich si sospechaba una malversación de fondos, éste le respondió: — ¡Oh, no! Es un hombre honrado. Pero había que acabar de una vez con esa manera anticuada y patriarcal, más propia de una familia, que tiene la nobleza de tratar los asuntos. Al quinto día se procedió a la elección del mariscal de distrito. Fue una jornada bastante tormentosa en algunas comarcas. En la de Seléznevsk, Sviazhski resultó elegido por unanimidad. Ese mismo día ofreció una comida en su casa. XXVII. Para el sexto día estaban fijadas las elecciones provinciales. Las salas grandes y pequeñas estaban abarrotadas de nobles con uniformes diferentes. Muchos habían venido sólo para esa jornada. Algunos amigos que hacía mucho que no se veían, pues unos vivían en Crimea, otros en San Petersburgo y otros en el extranjero, se encontraron en la sala. Los debates se celebraban en la mesa presidencial, bajo el retrato del emperador. Los nobles, tanto en las salas grandes como en las pequeñas, se agrupaban en partidos. A partir de la hostilidad y la desconfianza de las miradas, de los silencios que se producían cuando se acercaba un extraño, de las salidas de algunos a un pasillo lejano para cuchichear, resultaba evidente que cada bando tenía sus secretos. Por su aspecto externo los nobles se dividían claramente en dos grupos: los viejos y los jóvenes. Los primeros, en su mayoría, llevaban el anticuado uniforme de la nobleza, abotonado hasta el cuello, con espada y sombrero, o uniformes de la marina, la caballería o la infantería. El uniforme de los viejos nobles estaba confeccionado a la antigua usanza, con hombros ahuecados. Era evidente que les quedaban pequeños, cortos de cintura y estrechos, como si quienes los llevaban hubieran crecido. Los jóvenes iban con uniformes desabrochados, de talle bajo y hombros anchos, con chaleco blanco, o bien uniformes de cuello negro y laureles labrados, emblema del Ministerio de Justicia. Al partido de los jóvenes pertenecían también algunos nobles con uniforme de la corte, que destacaban aquí y allá entre la multitud. Pero la división entre jóvenes y viejos no coincidía con la división en partidos. Según observó Levin, algunos de los jóvenes pertenecían al partido antiguo; y, por el contrario, algunos de los nobles más viejos cuchicheaban con Sviazhski y, por lo visto, eran fervientes defensores del partido nuevo. Levin estaba en una pequeña sala donde la gente fumaba y tomaba un bocado, entre los miembros de su grupo, y escuchaba lo que hablaban, esforzándose por entenderlos, aunque no lo conseguía. Serguéi Ivánovich era el centro alrededor del cual se agrupaban los demás. Ahora estaba escuchando a Sviazhski y a Jliustov, mariscal de otro distrito, que pertenecía al mismo partido. Jliustov se negaba a solicitar a Snetkov, en nombre de su distrito, que presentara su candidatura y Sviazhski trataba de convencerlo. En cuanto a Serguéi Ivánovich, apoyaba el plan. Levin no entendía por qué el partido contrario tenía que pedir al mariscal que se presentase cuando en realidad quería derrotarlo. Stepán Arkádevich, que acababa de tomar un tentempié y una copita, se enjugó la boca con un pañuelo de batista perfumado y se acercó a ellos con su uniforme de chambelán. — ¡Tomemos posiciones, Serguéi Ivánovich! —dijo, alisándose las patillas. Y, después de escuchar la conversación, secundó la opinión de Sviazhski —: Con un solo distrito es suficiente. Y es evidente que Sviazhski representa a la oposición —dijo, y todos los presentes, excepto Levin, entendieron sus palabras—. Por lo que veo, Kostia, le estás cogiendo el gusto a estas cosas —añadió, dirigiéndose a Levin y cogiéndole del brazo. Ya le habría gustado a Levin cogerle el gusto a todo eso, pero lo cierto es que no entendía nada. Se apartó unos pasos en compañía de Stepán Arkádevich y le preguntó, lleno de perplejidad, por qué debían pedir al mariscal de la nobleza que se presentara. —O sancta simplicitas! — exclamó Stepán Arkádevich, y en unas pocas palabras se lo aclaró todo. Si todos los distritos, como había sucedido en las elecciones pasadas, propusieran a ese mariscal, saldría elegido por unanimidad. Y eso era lo que se pretendía evitar. Esta vez ocho distritos se disponían a proponerle. Si los otros dos se negaban, Snetkov podía desistir de presentar su candidatura. Entonces el partido viejo podía elegir a otro de los suyos, desbaratando de ese modo todos los planes. Pero, si el distrito de Sviazhski era el único que se negaba a proponerlo, Snetkov se presentaría. Algunos de los opositores votarían incluso por él, para que el partido antiguo, desconcertado por esa táctica, votara por el candidato del partido nuevo cuando se presentara. Levin entendió algo, aunque no todo, y quiso hacerle algunas preguntas más, pero de pronto todos se pusieron a hablar a la vez, al tiempo que se dirigían ruidosamente a la sala grande. — ¿Qué sucede? ¿Qué? ¿Quién? ¿Una autorización? ¿A quién? ¿Qué? ¿Que la deniegan? No la conceden. No admiten a Flérov. ¿Y qué pasa porque le hayan procesado? A este paso no admitirán a nadie. Es una vileza. ¡No, es la ley! —se oía por todas partes. Y Levin, en compañía de los demás, que se dirigían apresuradamente a alguna parte, temerosos de perderse algo, se dirigió a la sala grande, donde, apretujado entre los nobles, se aproximó a la

mesa presidencial, en la que discutían acaloradamente el mariscal de la nobleza, Sviazhski y otros personajes importantes. XXVIII. Levin estaba bastante alejado. Además, sus vecinos le impedían oír con claridad: uno tenía la respiración ronca y otro llevaba unas botas cuyas gruesas suelas no paraban de crujir. Sólo pudo distinguir la voz suave del mariscal, luego la voz estridente del noble de la lengua viperina y a continuación la de Sviazhski. Según le pareció entender, debatían sobre el sentido de un artículo de la ley y sobre el significado de las siguientes palabras: «Ser objeto de una investigación». La muchedumbre se apartó para dejar paso a Serguéi Ivánovich, que se dirigía a la mesa. Una vez que el noble de la lengua viperina concluyó su discurso, Serguéi Ivánovich dijo que, en su opinión, lo mejor sería consultar el artículo de la ley, y pidió al secretario que lo buscara. El artículo decía que, en caso de discrepancia, debía precederse a una votación. Serguéi Ivánovich leyó el artículo y se puso a explicar su significado, pero en ese momento un terrateniente alto, grueso, cargado de espaldas, con el bigote teñido, que llevaba un uniforme estrecho, cuyo cuello le sostenía la nuca, le interrumpió. Llegó hasta la mesa y, después de golpearla con una sortija, gritó con todas sus fuerzas: — ¡A votar! ¡A votar! ¡Dejémonos de discusiones y votemos! Al punto se alzaron varias voces. El noble alto de la sortija se irritaba cada vez más y gritaba cada vez más fuerte. Pero no había manera de entender lo que decía. Proponía lo mismo que había sugerido Serguéi Ivánovich, pero era evidente que le odiaba tanto a él como a todo su partido, y este odio se comunicó a sus partidarios, suscitando una reacción análoga en sus contrincantes, aunque se expresó de forma más moderada. Se oyeron gritos, y por un instante la situación se volvió tan confusa que el mariscal de la nobleza tuvo que llamar al orden. — ¡A votar! ¡A votar! Cualquier noble lo entenderá. Derramaremos nuestra sangre... La confianza del monarca... No hagáis caso del mariscal, no es quién para darnos órdenes... Pero no se trata de eso... Votemos de una vez... ¡Qué vileza! —se oía gritar por todas partes con voces furiosas e irritadas. Las miradas y los rostros denotaban aún más furia e irritación que las palabras. Expresaban un odio irreconciliable. Levin, que no entendía absolutamente nada, estaba sorprendido del apasionamiento con que se discutía si debía someterse a votación la posición de Flérov. Olvidaba, como más tarde le aclaró Serguéi Ivánovich, el siguiente silogismo: para el bien común era menester desembarazarse del mariscal de la nobleza; para destituirlo se necesitaba la mayoría de los votos; para alcanzar esa mayoría, había que conceder a Flérov el derecho de votar. Y, para conseguirlo, no había otra salida que explicar cómo debía interpretarse ese artículo de la ley. —Un solo voto puede decidir todo el asunto. Cuando se quiere servir a la causa común, uno debe ser serio y consecuente —concluyó Serguéi Ivánovich. Pero Levin había olvidado ese argumento y sufría viendo cómo personas buenas y respetables se entregaban a desagradables y zafias muestras de excitación. Para librarse de esa penosa sensación, sin esperar a que acabaran los debates, pasó a otra sala, donde no había más que unos camareros cerca del mostrador. Al ver a esos hombres que, con rostros serenos y animados, secaban la vajilla y disponían los platos y las copas, Levin tuvo una inesperada sensación de alivio, como si acabara de abandonar una habitación pestilente y hubiera salido al aire libre. Empezó a recorrer la habitación de un extremo al otro, mirando con satisfacción a los camareros. Se divirtió mucho viendo cómo uno de ellos, de patillas canosas, enseñaba con aire desdeñoso a sus compañeros más jóvenes, que se burlaban de él, el arte de doblar servilletas. Se disponía a dirigirle la palabra al viejo camarero cuando el secretario de la oficina de tutelas, un anciano que conocía de memoria el nombre y el patronímico de todos los nobles de la provincia, le distrajo. —Haga el favor de venir, Konstantín Dmítrich —le dijo—. Su hermano le está buscando. Va a empezar la votación. Levin entró en la sala, donde le entregaron una bola blanca y, siguiendo a su hermano, se acercó a la mesa, al lado de la cual se encontraba Sviazhski, con una expresión irónica y significativa, recogiendo la barba en el puño y olisqueándola. Serguéi Ivánovich introdujo la mano en la urna, depositó la bola y, dejando paso a Levin, se detuvo allí mismo. Levin se aproximó, pero se había olvidado por completo de lo que tenía que hacer, y, presa de una gran confusión, tuvo que dirigirse a su hermano: — ¿Dónde tengo que ponerla? Lo preguntó en voz baja, con la esperanza de que nadie le oyera, pues a su lado había varias personas hablando. Pero, en ese momento la conversación se interrumpió, de manera que todos los presentes oyeron la inconveniente pregunta. Serguéi Ivánovich frunció el ceño. —Eso depende de las convicciones de cada cual —le dijo con severidad. Algunos sonrieron. Levin se ruborizó, levantó el paño que cubría la urna y, como llevaba la bola en la mano derecha, la depositó en ese lado. A continuación, recordando que debía haber introducido también la mano izquierda, se apresuró a hacerlo, pero ya era demasiado tarde. Completamente desorientado, se retiró a toda prisa a las últimas filas del salón. — ¡Ciento veintiséis votos a favor y noventa y ocho en contra! — exclamó el secretario, que no pronunciaba las erres. A continuación se oyeron unas risas: habían encontrado en la urna un botón y dos nueces. Se reconoció el derecho de Flérov a votar y el partido nuevo salió victorioso. Pero el partido antiguo no se dio por vencido. Levin oyó que varios de los presentes suplicaban a Snetkov que se presentara y vio que una muchedumbre de nobles rodeaba al mariscal de la nobleza, que estaba diciendo algo. Levin se acercó más. En respuesta a los nobles, Snetkov hablaba de la confianza y el cariño que le habían demostrado, de todo punto

inmerecidos, ya que todo su mérito consistía en su devoción a la nobleza, a la que había consagrado doce años de servicio. Varias veces repitió las siguientes palabras: «En la medida en que mis fuerzas me lo han permitido, he procurado defender la fe y la verdad. Aprecio sus muestras de respeto y les estoy muy agradecido». De pronto se interrumpió, ahogado por las lágrimas, y abandonó la sala. ¿A qué se debían esas lágrimas? ¿A la conciencia de la injusticia que se había cometido con él? ¿A su amor a la nobleza? ¿A la incómoda situación en la que se encontraba, rodeado de enemigos? Fuera como fuese, su emoción se comunicó a los demás. La mayoría de los nobles se mostraron conmovidos y Levin sintió una suerte de ternura por ese hombre. Cerca de la puerta principal, el mariscal se tropezó con Levin. —Perdone, señor —le dijo, como si se tratara de un desconocido; pero, cuando lo reconoció, esbozó una tímida sonrisa. A Levin le pareció que quería decirle algo, pero que la emoción se lo impedía. La expresión de su rostro y toda su figura, con el uniforme de pantalón blanco con galones y las condecoraciones, así como sus andares apresurados, le recordaron a un animal acosado, que se apercibe de que no tiene escapatoria. Esa expresión del rostro del mariscal se le antojó especialmente conmovedora, porque la víspera había ido a su casa para hablarle del asunto de la tutela y lo había visto en toda su grandeza, en su papel de bondadoso padre de familia. La espaciosa casa con los muebles antiguos; los viejos criados, poco elegantes y hasta un poco sucios, pero llenos de dignidad, sin duda antiguos siervos que no habían cambiado de amo; la gruesa y bondadosa esposa, con una cofia de encaje y un chal turco, que acariciaba a su encantadora nietecita, hija de su hija; el apuesto hijo, estudiante de sexto curso, que acababa de llegar del instituto y saludaba a su padre besándole la gruesa mano; las palabras afectuosas y las maneras imponentes del dueño de la casa: todo eso había despertado involuntariamente el respeto y la simpatía de Levin. Y ahora el anciano se le antojó conmovedor y digno de lástima, y quiso decirle algo agradable. —Por lo visto, va a seguir siendo usted nuestro mariscal —dijo. —Lo dudo —replicó el mariscal, mirando asustado a su alrededor—. Estoy cansado y ya soy viejo. Hay personas más jóvenes y dignas que yo. Que trabajen ellos. Y Snetkov desapareció por una puerta lateral. Llegó el momento más solemne. Las elecciones estaban a punto de empezar. Los cabecillas de uno y otro partido contaban las bolas blancas y negras en las manos. El debate sobre Flérov no sólo había dado al partido nuevo un voto más, sino que también le había permitido ganar tiempo, con lo que tres nobles que no habían podido intervenir antes en las elecciones, por culpa de las maquinaciones del partido viejo, esta vez tuvieron oportunidad de participar. Los partidarios de Snetkov habían emborrachado a dos de ellos, que tenían debilidad por el vino. Al tercero le habían robado el uniforme. El partido nuevo, que se había enterado de la maniobra, aprovechó el debate sobre Flérov para enviar a dos de los suyos en busca de un uniforme y llevar a la asamblea a uno de los borrachos. —He traído a uno y le he echado un cubo de agua por la cabeza —dijo el propietario encargado de la misión, acercándose a Sviazhski—. No se preocupe, aguantará en pie. —¿No está demasiado borracho? ¿No se caerá? —preguntó Sviazhski, moviendo la cabeza. —No, es todo un mocetón. Con tal de que no le den más de beber aquí... He dado órdenes en la cantina de que no le sirvan nada bajo ningún pretexto.

XXIX. La estrecha sala en la que se fumaba y se tomaba un bocado estaba abarrotada. La excitación iba en aumento, y los rostros de todos los presentes denotaban inquietud. Los que se mostraban más agitados eran los jefes de los dos bandos, que conocían todos los detalles y estaban al tanto del recuento de votos. Eran los cabecillas de la inminente contienda. Los demás, como los soldados antes de una batalla, aunque se preparaban para la lucha, no dejaban de buscar alguna distracción. Unos comían algo, de pie o sentados a la mesa; otros se paseaban arriba y abajo por la larga habitación, fumando un cigarrillo y charlando con algún amigo al que no habían visto desde hacía mucho tiempo. Levin no tenía apetito y no fumaba. Tampoco le apetecía reunirse con los suyos, es decir, con Serguéi Ivánovich, Stepán Arkádevich, Sviazhski y los demás, porque Vronski, vestido con su uniforme de caballero del emperador, había entablado con ellos una animada conversación. Ya la víspera Levin lo había visto en las elecciones y había tenido buen cuidado de evitarlo, pues no quería encontrarse con él. Se acercó a la ventana y se sentó, observando los grupos y prestando oídos a lo que se decía a su alrededor. Se sentía triste, especialmente porque veía que todos estaban animados, ocupados, inquietos; sólo él y un viejecito decrepito y desdentado, con uniforme de la marina, que se había sentado a su lado y mascullaba algo, no mostraban el menor interés ni se ocupaban de nada. —¡El muy granuja! Ya se lo dije, pero no hubo manera. ¡Pues sí! En tres años no ha podido reunirlo —decía con tono enérgico un propietario bajo y cargado de espaldas, con el pelo engominado, que caía sobre el cuello bordado del uniforme, mientras daba fuertes golpes con los tacones de sus botas nuevas, que sin duda se había puesto para la ocasión. Y después de mirar a Levin, con aire descontento, se volvió bruscamente. —Sí, es un asunto bastante sucio, ni que decir tiene —replicó con voz aguda un propietario bajito. A continuación Levin vio venir a un grupo de propietarios, que rodeaban a un general gordo. Según todas las evidencias, estaban buscando un lugar para hablar sin que les oyeran. —¿Cómo se atreve a decir que di órdenes de que le robaran los pantalones? Seguramente los vendió para comprarse una botella. Me importa un bledo que sea príncipe. ¡Mira que decir una cosa así! ¡Qué

porquería! —Permítame, pero se basan en un artículo del estatuto —decían en otro grupo—. Su mujer debe de estar inscrita como noble. — ¡Al diablo con el artículo! Estoy hablando con el corazón. Para eso somos nobles. Hay que tener confianza. —Excelencia, vamos a tomar *fine champagne*. Otro grupo seguía a un noble que gritaba algo a voz en cuello: era uno de los tres a los que habían emborrachado. —Siempre he aconsejado a María Semiónovna que alquilara sus tierras, porque no les puede sacar ningún beneficio —decía con voz agradable un propietario de bigote gris con un antiguo uniforme de coronel de Estado Mayor. Era el mismo propietario al que Levin había conocido en casa de Sviazhski. Lo reconoció en seguida. El propietario también reparó en él y se acercó a saludarle—. Encantado de verle. Me acuerdo perfectamente de usted. ¡Ya lo creo! Coincidimos el año pasado en casa del mariscal Nikolái Ivánovich. — ¿Y qué tal van sus asuntos? —preguntó Levin. —Como siempre. Pérdidas y más pérdidas —respondió el propietario, que se había detenido a su lado, con una sonrisa de resignación y una expresión serena, como si estuviera convencido de que las cosas no podían ser de otra manera—. ¿Y qué le ha traído a usted a nuestra provincia? —preguntó—. ¿Ha venido a tomar parte en nuestro golpe de estado? —dijo, pronunciando esas palabras con bastante aplomo, aunque su pronunciación dejaba mucho que desear—. Parece que se ha dado cita Rusia entera. Han venido chambelanes y puede que hasta algún ministro —añadió, señalando la imponente figura de Stepán Arkádevich, con sus pantalones blancos y su uniforme de chambelán, que se paseaba en compañía de un general. —Tengo que reconocer que no acabo de entender el significado de estas elecciones —dijo Levin. El propietario se lo quedó mirando. — ¿Y qué es lo que hay que entender? No tienen ningún significado. No es más que una institución obsoleta que sigue moviéndose por simple inercia. Fíjese en los uniformes. No hay más que verlos para darse cuenta de que ésta es una reunión de jueces de paz, de miembros permanentes y demás, pero no de nobles. —Entonces, ¿por qué ha venido usted? —preguntó Levin. —Pues por costumbre. Además, está la necesidad de no perder las relaciones. Supongo que también es una especie de obligación moral. Y luego, a decir verdad, por mi propio interés. Mi yerno quiere convertirse en miembro permanente. No tiene mucho dinero y necesita que le den un empujoncito. Pero, en el caso de todos estos señores, ¿para qué vendrán? —dijo, señalando al propietario de la lengua viperina que había hablado en la mesa presidencial. —Es la nueva generación de nobles. —Pueden ser todo lo nuevos que usted quiera, pero no son nobles. Son propietarios de tierras, nosotros somos hacendados. Como nobles, están cometiendo un suicidio. —Pero acaba de decir usted que es una institución caduca. —No digo que no, pero merece que se la trate con un poco más de respeto. Fíjese, por ejemplo, en Snetkov... Seamos buenos o malos, tenemos mil años de existencia. Si queremos plantar un jardincillo delante de la casa, primero tenemos que allanar el terreno, pero si en ese lugar crece un árbol centenario... Aunque sea viejo y nudoso, no va usted a echarlo abajo para poner un macizo de flores. Se las arreglará para poder disfrutar del macizo y del árbol. Porque un árbol así no crece en un año —dijo con circunspección, y acto seguido cambió de tema—. Bueno, ¿qué tal va su hacienda? —No demasiado bien. Rinde un cinco por ciento. —Sí, pero no cuenta usted su trabajo. Alguna remuneración merecerá. Se lo digo por mí mismo. Cuando servía en la administración, recibía tres mil rublos de sueldo. Ahora trabajo más que antes y, lo mismo que usted, no obtengo más que un cinco por ciento. Y aún tengo que dar gracias. Puedo decir que trabajo de balde. — ¿Y por qué se obstina usted en ocuparse de la hacienda, si no le reporta más que pérdidas? —Pues ya lo ve usted. ¿Qué le vamos a hacer? Supongo que será la costumbre y, en cierto modo, el sentido del deber. Y le diré más —añadió, acodándose en el alféizar de la ventana y animándose cada vez más—. Mi hijo no tiene la menor intención de ocuparse de la hacienda. Por lo visto, sólo le interesan los estudios. Así que nadie continuará mi labor. Y, sin embargo, sigue uno con lo suyo. Acabo de plantar un huerto. — Sí, sí —replicó Levin—. Tiene usted toda la razón. Aunque soy consciente de que no tiene ningún sentido que me ocupe de la hacienda, sigo haciéndolo... Es como si se sintiera uno ligado a la tierra. —Voy a decirle una cosa —prosiguió el propietario—. Tengo un vecino que es comerciante. Un día dimos una vuelta por la finca y por el jardín. «Lo tiene usted todo en orden, Stepán Vasílevich, pero el jardín está muy descuidado.» Y le aseguro que lo cuido. «En mi opinión, debería talar esos tilos. Pero hay que hacerlo cuando tengan savia. Habrá un millar de tilos y cada uno dará dos buenas piezas de corteza. Y hoy día la corteza de tilo se cotiza a buen precio. Además, obtendría bastante madera.» —Y con ese dinero compraría ganado o tierras casi por nada y se las arrendaría a los campesinos —concluyó Levin con una sonrisa. Era evidente que había hecho esos cálculos más de una vez—. Y así acabará haciendo una fortuna. Mientras usted y yo nos contentaremos con conservar lo que es nuestro y dejárselo a nuestros hijos. —He oído que se ha casado usted —dijo el propietario. —Sí —replicó Levin con orgullosa satisfacción—. La verdad es que es algo muy extraño —prosiguió—. Vivimos sin ningún objetivo, atados a la tierra como las vestales al fuego sagrado. El propietario esbozó una sonrisa bajo los bigotes blancos. —Algunos de los nuestros, como nuestro amigo Nikolái Ivánovich o ahora el conde Vronski, que se ha establecido aquí, pretenden organizar la agricultura de una manera industrial. Pero hasta la fecha esos intentos no han tenido otro resultado que destruir el capital. —Pero



¿por qué no hacemos como ese comerciante? ¿Por qué no talamos los tilos para aprovechar la corteza? —preguntó Levin, volviendo a la idea que se le había ocurrido antes. —Porque cuidamos de un fuego sagrado, como ha dicho usted. No, eso otro no es de la incumbencia de los nobles. Nuestro lugar no está aquí, en estas elecciones, sino en nuestro rincón. Existe también un instinto de clase, que nos dice lo que se debe y lo que no se debe hacer. Y lo mismo pasa con los campesinos. Lo he comprobado más de una vez. Un buen campesino siempre procura arrendar toda la tierra que puede. Por mala que sea, sigue arándola. Y tampoco obtiene ningún beneficio. Sólo acumula pérdidas. —Así somos también nosotros —dijo Levin—. Me alegro muchísimo de haberme encontrado con usted —añadió, viendo que Sviazhski se acercaba. —Es la primera vez que coincidimos después de habernos conocido en la casa de usted —dijo el propietario—, y nos hemos puesto a charlar. — ¿Y qué? ¿Han criticado las nuevas tendencias? —preguntó Sviazhski con una sonrisa. —Entre otras cosas. —Nos hemos desahogado. XXX. Sviazhski cogió a Levin del brazo y lo condujo a su grupo. Ya no había manera de esquivar a Vronski. Estaba al lado de Stepán Arkádevich y Serguéi Ivánovich y miraba directamente a Levin, que se aproximaba. —Encantado. Me parece que tuve el placer de verlo... en casa de la princesa Scherbátskaia —dijo Vronski, tendiéndole la mano. —Sí, recuerdo muy bien nuestro encuentro —replicó Levin, poniéndose como la grana, y al punto se volvió para hablar con su hermano. Vronski esbozó una leve sonrisa y dirigió la palabra a Sviazhski, sin manifestar el menor deseo de seguir conversando con Levin. Pero éste, mientras charlaba con su hermano, se volvía a menudo para mirarlo, pensando en lo que podría decirle para atenuar la rudeza con que lo había saludado. — ¿De qué se trata ahora? —preguntó, mirando a Sviazhski y a Vronski. —De Snetkov. Es preciso que renuncie o acepte —respondió Sviazhski. — ¿Y qué postura ha adoptado? —Pues ésa es la cuestión, que aún no se ha decidido —dijo Vronski. —Y en caso de que renuncie, ¿quién se presentará? —preguntó Levin, volviéndose hacia Vronski. —El que quiera —respondió Sviazhski. — ¿Usted? —preguntó Levin. — ¡Por nada del mundo! —respondió Sviazhski, dirigiendo una mirada asustada al señor de la lengua viperina, que estaba al lado de Serguéi Ivánovich. —Entonces, ¿quién? ¿Nevedovski? —preguntó Levin, dándose cuenta de que se estaba metiendo en un lío. Pero esa pregunta resultó aún más inoportuna. Nevedovski y Sviazhski eran los dos candidatos. —De ninguna manera —respondió el señor de la lengua viperina. Era Nevedovski en persona. Sviazhski se lo presentó a Levin. — ¿También tú empiezas a apasionarte por todo esto? —preguntó Stepán Arkádevich, guiñándole un ojo a Vronski—. Es como las carreras. Hasta se puede apostar. —Sí, esto apasiona —dijo Vronski—. Y, una vez metido en faena, uno quiere llegar hasta el final. ¡Es una lucha! —añadió, frunciendo el ceño y apretando sus fuertes mandíbulas. — ¡Y qué espíritu práctico tiene Sviazhski! ¡Con qué claridad lo ve todo! — ¡Ah, sí! —respondió Vronski sin prestar mucha atención. Se produjo un silencio, en el que Vronski, a falta de algo mejor que hacer, aprovechó para mirar a Levin: primero sus piernas y su uniforme, luego su cara. Al advertir sus sombríos ojos fijos en él, le preguntó, por decir algo: — ¿Y cómo es que usted, que se pasa la vida en el campo, no es juez de paz? Porque no lleva usted ese uniforme. —Pues porque los jueces de paz me parecen una institución absurda —respondió Levin con sequedad, a pesar de que había estado buscando la ocasión de hablar con Vronski para atenuar la rudeza de su primer comentario. —Pues yo no lo veo así. Al contrario... —afirmó Vronski con cierta sorpresa, aunque sin perder la calma. —No es más que un pasatiempo —le interrumpió Levin—. No necesitamos jueces de paz. En ocho años no he tenido un solo caso. Y, cuando alguna vez se ha presentado uno, lo han juzgado al revés. El juez de paz vive a cuarenta verstas de mi finca. Para resolver una cuestión de dos rublos, tengo que enviar a un abogado que me cuesta quince. Y pasó a relatarle el caso de un campesino que había robado harina al molinero. Cuando éste se lo dijo, el campesino le denunció por injurias. Era un ejemplo bastante tonto y que no venía a cuento, y el propio Levin se daba cuenta a medida que lo contaba. — ¡Ah, qué original es este hombre! —exclamó Stepán Arkádevich con esa sonrisa tan meliflua—. Pero hay que moverse. Me parece que ha empezado la votación... Y se separaron. —La verdad es que no entiendo cómo se puede tener tan poco tacto político —dijo Serguéi Ivánovich, a quien no había pasado desapercibida la inconveniente salida de su hermano—. Es algo de lo que los rusos carecemos por completo. El mariscal de la nobleza es nuestro adversario, y tú eres su amigo del alma y le pides que se presente. En cambio el conde Vronski... Claro que no voy a hacerme amigo suyo. Me ha invitado a cenar, pero no pienso ir. En cualquier caso, es uno de los nuestros. ¿Por qué convertirlo en enemigo? Y luego le preguntas a Nevedovski si va a presentarse. Eso no se hace. — ¡Ah, no entiendo nada! Y todo esto no son más que naderías —replicó Levin con aire sombrío. —Dices que todo son naderías, pero no haces más que embrollar las cosas. Levin se calló y pasó en compañía de su hermano a la sala grande. El mariscal de la nobleza, a pesar de que percibía en el ambiente que se estaba preparando una emboscada contra él y de que no todos se lo habían pedido, acabó presentando su candidatura. En la sala reinaba el silencio. El secretario anunció en voz alta que el capitán de la guardia Mijaíl Stepánovich Snetkov presentaba su candidatura al cargo de mariscal de la nobleza. Los mariscales de las comarcas se levantaron de sus mesas respectivas y se dirigieron a la mesa presidencial

con los platitos que contenían las bolas. Se procedió a la votación. —Pon la bola a la derecha —le susurró Stepán Arkádevich a Levin, cuando éste, en compañía de su hermano, seguía al mariscal a la mesa. Pero Levin había vuelto a olvidarse de los cálculos que le habían explicado y temía que Stepán Arkádevich se hubiera equivocado cuando le dijo que depositara la bola a la derecha. Pues Snetkov era el enemigo. Se acercó a la urna con la bola en la mano derecha, pero, pensando que se había equivocado, justo antes de llegar se la pasó a la mano izquierda y la depositó en ese lado. Un perito que había al pie de la urna y que era capaz de adivinar, gracias al movimiento del codo, dónde ponía cada cual la bola, hizo una mueca de disgusto. La maniobra de Levin había sido tan torpe que apenas había necesitado recurrir a su perspicacia. Todos se callaron. Sólo se oía el recuento de las bolas. Luego una voz anunció los votos a favor y en contra. El mariscal de la nobleza había resultado elegido por una significativa mayoría de votos. Todo el mundo se precipitó sobre la puerta, en medio de un barullo considerable. Snetkov entró, y los nobles que le rodeaban le felicitaron. —Bueno, ¿ya ha terminado? —preguntó Levin a Serguéi Ivánovich. —Acaba de empezar —le respondió sonriendo Sviazhski, adelantándose a Serguéi Ivánovich—. El otro candidato puede obtener mayor número de votos. Levin se había olvidado también de eso. Sólo ahora se acordó de que le habían hablado de una operación muy sutil, pero le pareció demasiado aburrido pensar en qué consistía. Le invadió una suerte de tristeza y le entraron ganas de apartarse de esa muchedumbre. Como nadie le prestaba atención y, por lo visto, nadie le necesitaba, se dirigió a hurtadillas a la sala pequeña que hacía las veces de cantina y volvió a sentir un gran alivio al ver a los camareros. El viejo le propuso que tomara algo y él aceptó. Después de comer una chuleta con judías y charlar un rato con el camarero de sus antiguos amos, Levin volvió de mala gana a la sala, donde se encontraba tan incómodo que se fue a dar una vuelta por las tribunas, atestadas de señoras elegantes, que se inclinaban sobre la balaustrada y trataban de no perderse una palabra de lo que se decía abajo. Al lado de las señoras, sentados y de pie, había abogados elegantes, profesores de instituto con gafas y funcionarios. Por todas partes se hablaba de las elecciones, de la extrema fatiga del mariscal y de lo interesantes que habían sido los debates. En uno de los grupos oyó alabar a su hermano. Una señora le decía a un abogado: — ¡Cómo me alegro de haber oído a Kóznishev! ¡Sólo por eso ha merecido la pena quedarse sin cenar! ¡Ha estado soberbio! ¡Qué claridad! ¡Y qué bien se le oía! En sus tribunales no hay nadie que hable así. Sólo Máidel, y está lejos de ser tan elocuente. Al encontrar un lugar libre al lado de la balaustrada, Levin se inclinó y se puso a mirar y escuchar. Todos los nobles estaban agrupados por distritos. En medio de la sala un hombre vestido con uniforme proclamaba en voz alta y aguda: — ¡Se propone como candidato al cargo de mariscal provincial de la nobleza el capitán de caballería Yevgueni Ivánovich Opujtin! Se produjo un silencio de muerte; luego se oyó la débil voz de un anciano: — ¡Renuncia! — ¡Se propone al consejero de la corte Piotr Petróvich Bol! —dijo la misma voz. — ¡Renuncia! —respondió una voz chillona y juvenil. Se propuso otro nombre más con idéntico resultado. Así transcurrió cerca de una hora. Levin acodado en la balaustrada, miraba y escuchaba. Al principio estaba sorprendido y se esforzaba por comprender; luego, convencido de que no sería capaz de entender nada, empezó a aburrirse. Y, al recordar la agitación y la angustia que había visto en todos los rostros, se sintió triste. Decidió marcharse y se lanzó escaleras abajo. Al pasar por el corredor que había detrás de las tribunas, se topó con un estudiante de bachillerato que se paseaba arriba y abajo con aire apenado y los ojos hinchados. En la escalera se cruzó con una pareja: una señora que corría rápidamente con sus zapatos de tacón y el asistente del fiscal, de andares ligeros. —Ya le dije que llegaríamos a tiempo —dijo el ayudante del fiscal en el momento en que Levin se echaba a un lado para dejar paso a la señora. Levin ya estaba en la escalera principal y se disponía a sacar del bolsillo del chaleco el número del guardarropa para recoger su pelliza cuando el secretario le dio alcance. —Haga el favor de venir, Konstantín Dmítrich. Estamos votando. En esta ocasión el candidato era Nevedovski, que con tanta determinación había negado que fuera a presentarse. Levin se acercó a la puerta de la sala, que estaba cerrada. El secretario llamó, la puerta se abrió y dos propietarios muy colorados pasaron muy de prisa a su lado. —No puedo más —dijo uno de ellos. A continuación asomó el mariscal de la nobleza, con la cara desencajada por el miedo y la fatiga. — ¡Te dije que no dejaras salir a nadie! —gritó al ujier. —Abrí para que entrara este señor, excelencia. — ¡Dios mío! —exclamó el mariscal de la nobleza, con un profundo suspiro, y, arrastrando las piernas, embutidas en los pantalones blancos, se dirigió cabizbajo al centro de la sala, donde estaba situada la mesa presidencial. Como daban por descontado sus partidarios, Nevedovski se había alzado con la mayoría de los votos y había sido proclamado mariscal. Muchos estaban contentos, satisfechos, felices y hasta entusiasmados; otros se mostraban descontentos y apesadumbrados. El mariscal de la nobleza derrotado era incapaz de ocultar su desesperación. En el momento en que Nevedovski abandonaba la sala grande, la muchedumbre lo rodeó y lo acompañó con el mismo entusiasmo con que había seguido al gobernador cuando abrió la sesión el primer día y a Snetkov cuando resultó elegido. XXXI. El nuevo mariscal de la nobleza y muchos miembros del partido victorioso comieron ese día en casa de Vronski. Vronski había asistido a las elecciones porque se aburría en el

campo, porque necesitaba afirmar ante Anna su derecho a moverse con libertad, porque quería devolverle a Sviazhski con su apoyo las muchas gestiones que éste había hecho en su favor en las elecciones a la asamblea provincial y, por encima de todo, para cumplir fielmente con los deberes que le imponía su condición de noble y propietario, que él mismo había elegido. Pero nunca había esperado que la cuestión de las elecciones le interesara y le apasionara de ese modo y que fuera a desenvolverse con tanta habilidad. Era un hombre completamente nuevo en ese círculo de nobles, pero era evidente que se había ganado la simpatía general; además, no se equivocaba al pensar que había adquirido cierta influencia sobre ellos. A esa influencia contribuían su riqueza y su alcurnia, su espléndido alojamiento en la ciudad, que le había cedido Shirkov, un viejo conocido suyo, que se ocupaba de asuntos financieros y había fundado un floreciente banco en Kazhin; su magnífico cocinero, que se había traído de la aldea; su amistad con el gobernador, uno de sus antiguos camaradas y protegidos; y, sobre todo, su trato sencillo e igual con todo el mundo, gracias al cual la mayoría de los nobles no tardaron en cambiar de opinión sobre su presunto orgullo. Él mismo se daba cuenta de que, aparte de ese señor tronado casado con Kitty Scherbatski, quien, sin venir a cuento, le había dicho con una irritación bastante ridícula un montón de bobadas sin pies ni cabeza, todos los nobles a los que había conocido se habían convertido en partidarios suyos. Veía con toda claridad, y los demás compartían su opinión, que había contribuido en gran medida a la victoria de Nevedovski. Y ahora, a su propia mesa, celebrando la elección de Nevedovski, tenía una agradable sensación de triunfo por su candidato. Las mismas elecciones le habían interesado tanto que estaba pensando en presentarse al cabo de tres años, si es que para entonces ya estaba casado. Ni más ni menos que cuando ganó un premio gracias a su jockey y le entraron ganas de participar personalmente en las carreras. Pero ahora estaban festejando la victoria de su jockey. Vronski presidía la mesa. A su derecha se encontraba el joven gobernador, un general del séquito imperial. Para todos los demás el gobernador, que había inaugurado solemnemente las elecciones y había pronunciado un discurso que había despertado el respeto e incluso en muchos el servilismo, era el amo de la provincia, como Vronski no dejó de observar. Para él, en cambio, era Katka Maslov —tal era el apodo con el que se le conocía en el cuerpo de pajes—, que se sentía intimidado en su presencia y a quien Vronski trataba de animar. A su izquierda se hallaba Nevedovski, con su rostro joven e imperturbable y su expresión maledicente. Con él Vronski se mostraba sencillo y respetuoso. Sviazhski sobrellevaba su fracaso con buen humor. Ni siquiera lo consideraba una derrota, como decía él mismo, alzando la copa y dirigiéndose a Nevedovski: habría sido imposible encontrar un mejor representante de la nueva dirección que la nobleza debía seguir. Por eso todas las personas honradas, añadía, apoyaban el presente éxito y lo celebraban solemnemente. Stepán Arkádevich también se alegraba de haberlo pasado tan bien y de que todos estuvieran satisfechos. Durante aquella magnífica comida salieron a colación algunos episodios de las elecciones. Sviazhski remedió cómicamente el lacrimoso discurso del mariscal de la nobleza y observó, volviéndose hacia Nevedovski, que su excelencia podría haber encontrado un método más complejo que las lágrimas para revisar las cuentas. Otro noble bromista contó que habían traído lacayos con medias para el baile del mariscal de la nobleza y que ahora tendrían que despedirlos, a menos que el nuevo mariscal decidiera dar un baile que requiriera tanta etiqueta. Durante la cena los presentes no paraban de dirigirse a Nevedovski como «nuestro mariscal de la nobleza» y «su excelencia». Y lo decían con el mismo placer con que se llama «señora» a una joven recién casada, añadiendo el apellido de su marido. Nevedovski fingía que eso no sólo le dejaba indiferente, sino que incluso despreciaba el tratamiento, pero era evidente que se sentía feliz y que la única razón por la que se esforzaba en no manifestar entusiasmo era que habría resultado inconveniente en ese nuevo medio liberal en el que se encontraba. Después de la cena se enviaron varios telegramas a personas interesadas en el resultado de las elecciones. Y Stepán Arkádevich, que estaba muy contento, mandó uno a Daria Aleksándrovna que decía lo siguiente: «Nevedovski elegido por doce votos. Enhorabuena. Transmítelo». Después de dictarlo en voz alta, hizo la siguiente observación: «Hay que darles una alegría». Al recibir el telegrama, Daria Aleksándrovna se limitó a suspirar, pensando en el rublo que había costado, y comprendió que su marido lo había enviado al final de una comida. Sabía que Stiva sentía debilidad por poner en funcionamiento el telégrafo. Todo, incluyendo los manjares exquisitos y los vinos excelentes, que no habían sido adquiridos a comerciantes rusos, sino traídos directamente del extranjero, había resultado muy digno, sencillo y alegre. Aquel grupo de veinte personas había sido elegido por Sviazhski entre hombres públicos de las mismas ideas, liberales, nuevos, y al mismo tiempo ingeniosos y honrados. Se brindó, también medio en broma, por el nuevo mariscal de la nobleza, por el gobernador, por el director del banco y por «nuestro estimado anfitrión». Vronski estaba encantado. Nunca había esperado encontrar un tono tan afable en provincias. Al final de la cena la situación se volvió aún más alegre. El gobernador preguntó a Vronski si iba a acudir al concierto en beneficio de los hermanos, organizado por su mujer, que deseaba conocerlo. (Se refiere a los «hermanos eslavos», serbios y búlgaros, cuyas luchas por liberarse de la dominación turca despertaban simpatías en amplios círculos de la sociedad rusa.) —Se celebrará un baile en el

que podrá conocer a nuestra «belleza» local. Merece la pena, se lo aseguro. —No es mi tipo —respondió Vronski, a quien gustaba mucho esa expresión, pero sonrió y prometió asistir. Antes de que se levantaran de la mesa, cuando todos habían empezado ya a fumar, el ayuda de cámara de Vronski le trajo una carta en una bandeja. —La ha traído de Vozdvízhenkoie un mensajero —dijo con una mirada significativa. —Es increíble cómo se parece al ayudante del fiscal Sventitski —dijo uno de los invitados en francés, refiriéndose al ayuda de cámara, mientras Vronski, frunciendo el ceño, leía la carta. Era de Anna. Antes de leerla, Vronski ya sabía lo que decía. Suponiendo que las elecciones terminarían en cinco días, le había prometido a Anna que regresaría el viernes. Ahora estaban a sábado, y Vronski sabía que contendría un montón de reproches por no haber regresado a tiempo. Vronski le había escrito la víspera para informarla de su retraso, pero era probable que la nota aún no le hubiera llegado. No se había equivocado en cuanto al contenido, pero la forma le sorprendió y le pareció especialmente desagradable. Annie está muy enferma. El médico dice que puede ser una infección. Cuando estoy sola, pierdo la cabeza. La princesa Varvara, más que una ayuda, es un estorbo. Llevo esperándote dos días, y ahora te mando esta carta para saber dónde estás y qué haces. Por un momento se me ocurrió ir a buscarte, pero cambié de idea, pues sabía que eso te desagradaría. Envíame alguna respuesta para saber a qué atenerme. La niña estaba enferma y Anna había tenido intención de ir en persona. ¡Los sufrimientos de la niña la habían llevado a adoptar ese tono tan hostil! El contraste entre la alegría inocente de las elecciones y ese amor opresivo y sombrío, al que debía volver, sorprendió a Vronski. Pero no le quedaba más remedio que regresar, así que esa misma noche se marchó a su casa en el primer tren. XXXII. Antes de que Vronski se marchara para participar en las elecciones, Anna, considerando que las escenas que tenían cada vez que él se ausentaba, en lugar de unirlos, acabarían enfriando sus sentimientos, hizo cuanto pudo por sobrellevar la separación con la mayor tranquilidad. Pero la mirada fría y severa que le dirigió cuando le anunció su partida la ofendió; aún no se había marchado y ella ya había perdido la serenidad. Más tarde, cuando se quedó sola, estuvo pensando en esa mirada, con la que Vronski había expresado su derecho a la libertad, y acabó sintiendo lo mismo de siempre: la conciencia de su propia humillación. «Él tiene derecho a marcharse a cualquier sitio cuando le viene en gana. Y no sólo a marcharse, sino a abandonarme. Él tiene derecho a todo y yo a nada. No es muy delicado por su parte mostrármelo de esa manera. Y, sin embargo, ¿qué es lo que ha hecho...? Me ha mirado con expresión fría y severa. No cabe duda de que es algo indefinido e intangible, pero no sucedía antes. Por eso su mirada significa tanto: demuestra que su amor empieza a enfriarse.» Y, aunque estaba convencida de que ese enfriamiento había empezado, no era capaz de hacer nada para que sus relaciones cambiaran. Lo mismo que antes, sólo podía tratar de retenerlo por medio de su amor y de sus atractivos. Y, como antes, únicamente sus múltiples ocupaciones durante el día y la morfina a la que recurría por la noche le permitían acallar el espantoso pensamiento de lo que podría suceder si Vronski dejara de quererla. Lo cierto es que había otro medio: no retenerlo, pues ella no necesitaba más que su amor, sino unirse a él, encontrarse en una posición en que no pudiera abandonarla. Para ello necesitaba divorciarse y casarse con él. Sintió deseos de hacerlo y decidió mostrar su conformidad en la primera ocasión en que Vronski o Stiva le hablaran del tema. Pasó cinco días sola, sumida en tales cavilaciones. En principio ése era el tiempo que Vronski iba a pasar fuera. Los paseos y las conversaciones con la princesa Varvara, las visitas al hospital y, sobre todo, la lectura de un libro tras otro ocupaban todo su tiempo. Pero, al sexto día, cuando el cochero regresó sin Vronski, las fuerzas la abandonaron y volvió a pensar en él y en lo que estaría haciendo. En ese momento su hija enfermó. Anna se puso a cuidarla, pero tampoco eso consiguió distraerla, tanto más cuanto que la enfermedad no era peligrosa. Por más que lo intentaba, no conseguía querer a la niña ni fingir un cariño que no sentía. Ese mismo día, al anochecer, cuando se quedó sola, decidió ir a la ciudad, pero, después de pensarlo mejor, le escribió esa carta contradictoria y, sin releerla, se la envió por medio de un mensajero. A la mañana siguiente, recibió la carta de Vronski y se arrepintió de la suya. Se imaginaba con espanto la mirada severa que le dirigiría, sobre todo cuando se enterara de que la enfermedad de la niña no era grave. Pero, en cualquier caso, se alegraba de haberle escrito. Ahora Anna reconocía que se había convertido en una carga para Vronski, que éste lamentaría renunciar a su libertad para volver a su lado; no obstante, estaba contenta de que volviera. Le daba igual haberse convertido en una carga, quería que estuviera allí, a su lado; quería verlo, seguir todos sus movimientos. Estaba sentada en el salón, leyendo a la luz de la lámpara el último libro de Taine, y prestaba oídos al silbido del viento, esperando a cada momento la llegada del coche. En más de una ocasión tuvo la impresión de oír el ruido de las ruedas, pero se equivocaba. Por fin oyó no sólo las ruedas, sino también los gritos del cochero y un rumor sordo en la galería de la entrada. Hasta la princesa Varvara, que estaba haciendo un solitario, confirmó sus sospechas. Anna, ruborizándose, se levantó, pero, en lugar de bajar, como había hecho ya dos veces, se detuvo. De pronto se avergonzó de su engaño y, sobre todo, se asustó de la forma en que Vronski la saludaría. El sentimiento de humillación se había desvanecido. Lo único que temía era que se mostrara descontento. Se acordó de que la niña llevaba ya dos días completamente sana. Hasta se irritó con

ella por haberse restablecido en el preciso instante en que había enviado la carta. Luego pensó que Vronski estaba allí todo entero, con sus manos, con sus ojos. Oyó su voz. — ¿Qué tal está Annie? — preguntó con inquietud nada más entrar, mirando a Anna, que bajaba por la escalera. Se sentó en una silla para que el criado le quitara las botas de invierno. — Ya está mejor. — ¿Y tú? — dijo, sacudiéndose la nieve del abrigo. Anna cogió su mano entre las suyas y se la llevó a la cintura, sin dejar de mirarle—. Me alegro mucho — añadió, examinando con frialdad su peinado y su vestido, que Anna se había puesto para él, como bien sabía. Todo eso le gustaba, pero ¡lo había visto ya tantas veces! Y volvió a adoptar esa expresión severa e impasible que Anna tanto temía—. Me alegro mucho — repitió—. Y tú ¿estás bien? — preguntó, enjugándose la barba mojada con un pañuelo y besándole la mano. «Me da lo mismo — pensó —, con tal de que esté aquí. Cuando está aquí tiene que amarme. No le queda otro remedio.» Pasaron la tarde alegres y felices, en compañía de la princesa Varvara, quien se quejó de que Anna, en ausencia de Vronski, había tomado morfina. — ¿Y qué podía hacer? No conseguía conciliar el sueño... Los pensamientos me lo impedían. Cuando él está conmigo nunca la tomo. Casi nunca. Vronski les contó cómo se habían desarrollado las elecciones, y Anna, gracias a sus preguntas, consiguió que les hablara del tema que a él más le agradaba: su propio éxito. Anna le puso al corriente de las novedades de la casa que le interesaban. Todas las noticias que le comunicó eran de lo más alegres. Pero ya a última hora de la tarde, cuando se quedaron solos, dándose cuenta de que volvía a tenerlo por completo en su poder, quiso disipar la penosa impresión que le había causado la mirada de Vronski, motivada por la carta. — Reconoce que te molestó recibir mi carta. Seguro que no me creíste. En cuanto pronunció esas palabras, se dio cuenta de que, a pesar de todo el amor que le demostraba, eso no se lo había perdonado. — Sí — dijo Vronski—. Era una carta muy extraña. Decías que Annie estaba enferma y al mismo tiempo que querías reunirme conmigo. — Las dos cosas eran ciertas. — No lo dudo. — Sí que lo dudas. Ya veo que estás descontento. — Nada de eso. Lo único que me disgusta es que parece que no quieres entender que hay obligaciones... — Obligaciones de asistir a un concierto... — No hablemos de eso — dijo Vronski. — ¿Y por qué? — preguntó Anna. — Lo único que quería decir es que a veces surgen situaciones y compromisos insoslayables. Ahora, por ejemplo, tengo que ir a Moscú para ocuparme de la casa... Ah, Anna, ¿por qué te enfadas de ese modo? ¿Es que no sabes que no puedo vivir sin ti? — En tal caso — replicó Anna, cambiando de pronto de tono —, si esta vida te agobia tanto... Si vas a venir un día para marcharte al siguiente, como hacen... — Esto no es justo, Anna. Estoy dispuesto a dar mi vida... Pero Anna ya no le escuchaba. — Si te vas a Moscú, yo también me voy. No pienso quedarme aquí. O nos separamos o vivimos juntos. — Pero si ya sabes que no deseo otra cosa. Pero para eso... — Se necesita el divorcio. Le escribiré. Me doy cuenta de que no puedo vivir así... Pero me marché contigo a Moscú. — Lo dices como si me amenazaras. Nada deseo más que no separarme de ti — dijo Vronski con una sonrisa. Pero, al tiempo que pronunciaba esas palabras amables, asomó a sus ojos esa mirada fría y cruel de los hombres perseguidos y amargados. Anna vio esa mirada y adivinó lo que significaba. «¡Si es así, es una desgracia!», decían esos ojos. Fue una impresión momentánea, pero a Anna jamás se le olvidaría. Escribió una carta a su marido pidiéndole el divorcio, y a finales de noviembre, después de despedirse de la princesa Varvara, que tenía que regresar a San Petersburgo, se trasladó con Vronski a Moscú. Mientras esperaban que llegara la respuesta de Alekséi Aleksándrovich un día u otro, y después el divorcio, se instalaron juntos como marido y mujer. (*santa rosa 4/20*).

## **0621 32 Sexta Parte Cap Tulos** **Xxi Al Xxxii Anna Kar Nina**

**>>>Haga Clic Aquí<<<**

**<https://Ensayo.icu>**